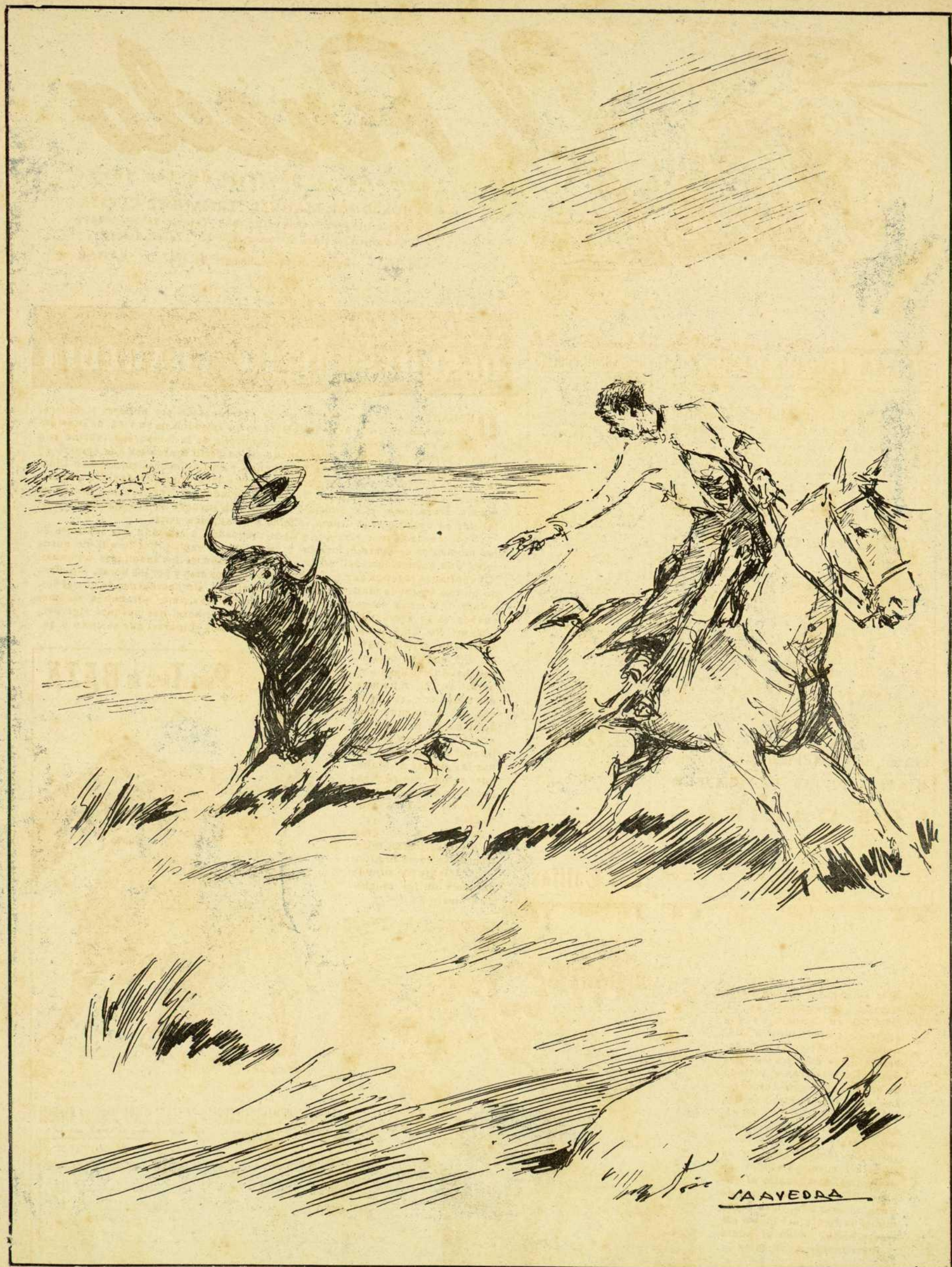


El Ruedo



2
Plas.

PUERTAS



Haciéndose el quite



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. Teléfs. 265091-265092

Administración: Altonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 11 de septiembre de 1947 - N.º 168

PLAZA TOROS DE BAZA

En los días 12 y 13 de Septiembre de 1935, Feria en esta ciudad

Dos Grandes Espectáculos Taurinos

● LOS REGALOS POR VALOR DE MÁS DE TRES MIL REALES CADA TARDE ●

El Jueves día 12 de Septiembre de 1935

Seis Bravos y Hermosos Novillos, Seis

MANUEL RODRIGUEZ **MANOLETE**

JUANITO TIRADO

MARIANO **RECARCAO**

El Viernes día 13 de Septiembre de 1935

Cuatro Hermosos Novillos Erales, Cuatro

D. Félix Herranz

Presentación en esta plaza

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

Los Califas

REGALOS AL PUBLICO

Día 12 Primera Corrida

¡Cuatro Grandiosos Regalos!

Cincuenta pesetas

Cien pesetas

200 pesetas

Colcha de Seda

Mantón de Manila

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

200 Pesetas

CADA SEMANA

DESPUES DE LA TRAGEDIA

DESCANSA ya en paz «Manolete»; se han repasado por millares y millares de lectores, con una avidez «sombrosa», los episodios de su vida, de su triunfo y de su muerte; continúa el desarrollo de la temporada taurina con nuevos percances que van redondeando ese su perfil dramático que empezó en Valencia, siguió en Sevilla, y en Valdepeñas, y en La Coruña, culminó en Linares, ahora en Melilla y aun no parece cesar; y ahora, cuando todavía la tragedia espantosa pesa sobre el ánimo de los aficionados, se analizan las causas, se lanzan acusaciones más o menos veladas y se invocan determinadas circunstancias en orden a si el drama se pudo o no se pudo evitar.

Todo obedece, más bien que a unas realidades, a ese afán que sentimos en los momentos de sobrecogimiento y de dolor por explicarnos lo que no puede tener una explicación fácil en la pobre limitación de las facultades humanas. ¡La confianza ingenua con que caminamos por los días y por las horas, calculando plazos, trazando planes, acariciando ilusiones, sin acordarnos de que el desenlace de nuestra existencia está en un punto brevísimo que nunca sabemos cuándo se va a producir, y en el que siempre, siempre, nos quedará algo por esperar! No. Linares no es culpable, ni los muchos «Linares» que se dicen o que se idean para alimentar las eternas polémicas. La Muerte llega a su hora, en el momento marcado por el signo que nos acompaña desde el nacer. Ese ¡era inevitable!, ¡era un predestinado! de que están llenas las elegías a «Manolete» refleja ese convencimiento de que nada es firme frente a la gran Verdad.

Sea ella para el gran torero muerto tan misericordiosa como luminosa y radiante fue su vida de ídolo de las muchedumbres.—C.

A la amabilidad de don Diego Garzón, corresponsal de EL RUEDO en Granada, y que aparece retratado junto a «Manolete» y el doctor Pulgar, debemos estos curiosos carteles que abren y cierran el periodo de la vida del torero cordobés. Los dos son de la Plaza de Baza; el primero, del 12 y del 13 de septiembre de 1935. «Manolete» aparece anunciado como «hijo del famoso matador de toros del mismo apellido», en un festival con regalos al público. El otro, de las ferias de Baza de este año, lleva como dibujo la figura del torero extraordinario, ya en el punto culminante de su fama



Plaza Toros de BAZA

UNA MONUMENTAL CORRIDA DE TOROS y UNA Magnífica Novillada

en los días 12 y 13 de Septiembre de 1947

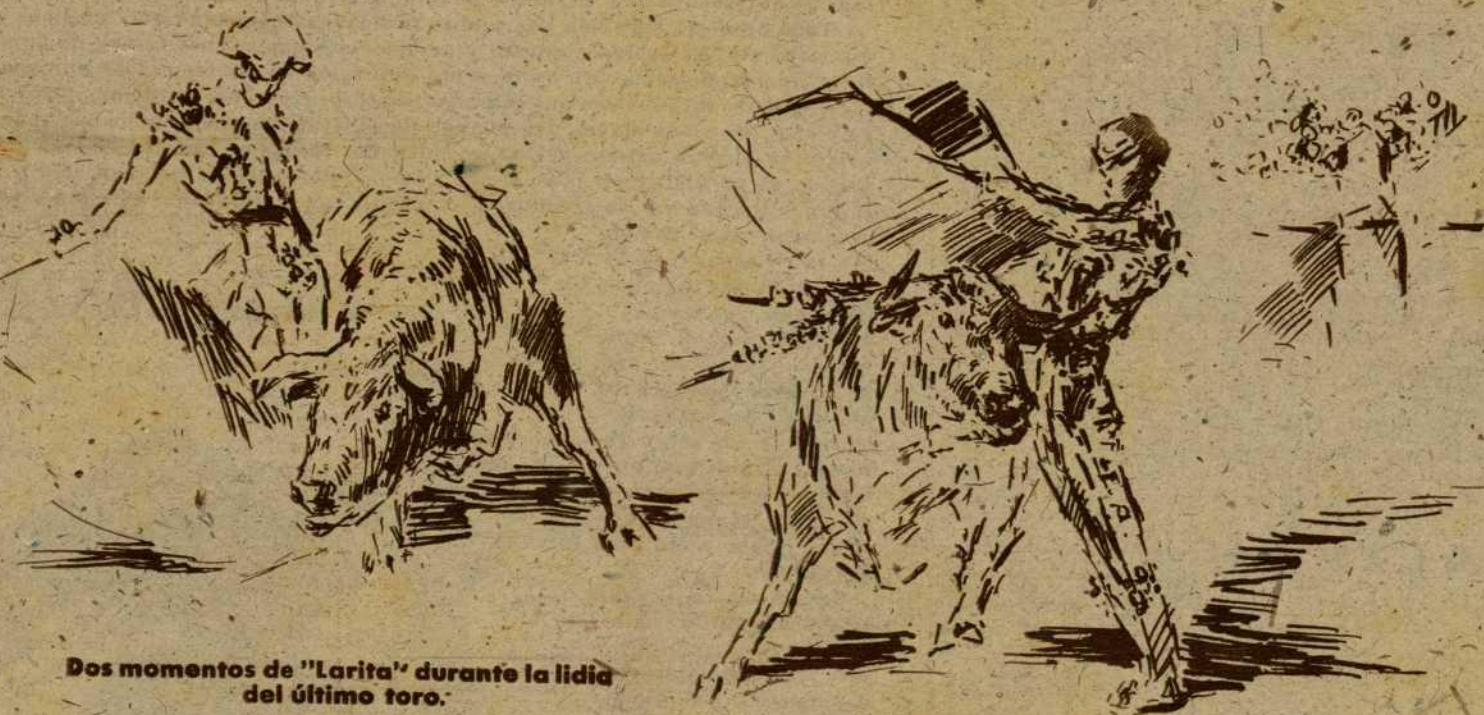
Día 12 - CORRIDA DE TOROS	Día 13 - NOVILLADA
SEIS BRAVOS TOROS: MANOLETE R. GITANILLO de TRIANA Manuel Rodríguez MANOLETE y Agustín Parra PARRITA	SEIS BRAVOS NOVILLOS: PAQUITO HONRUBIA Rafaelito LAGARTIJO y Antonio FLORES

Real. Dulces LLAPISERA toros CARRUSEL 1947

El lápiz en EL RUEDO. La corrida del domingo en las Ventas, por Antonio Casero



"Faroles" y "Orteguita" banderilleando al sexto toro



Dos momentos de "Larita" durante la lidia del último toro.



Catalán comenzando la faena de su primer toro

ANTONIO CASERO

LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN MADRID

Tres espadas sin grandes deseos de triunfar y un lote de mansos

"Faroles" y "Orteguita" banderillearon a los seis

El subalterno Quintana bregó muy bien

OTRA tarde perdida. La Plaza, llena. Tres novilleros en el ruedo de las Ventas que desperdiciaron —no del todo "Larita"— la ocasión de lograr el éxito rotundo. Porque también con reses como las de Muriel se puede triunfar cuando se poseen conocimientos algo más que elementales de lo que es el arte de lidiar reses bravas —aunque las tales reses anden escasas de bravura— y se tiene el valor preciso para ponerse delante de un novillo. No negáremos valor suficiente a "Larita", ni diremos que Catalán no estuvo decidido cuando fue necesario; pero extrañamos que tres jóvenes novilleros que todo lo tienen que hacer aún, si es que aspiran a puestos privilegiados, vean que los graderíos de la Plaza de Madrid se hallan totalmente ocupados, y por si los novillos tienen estas o aquellas dificultades, se den por satisfechos con salir del paso. Si esto ocurre en Madrid, ¿qué harán estos mozos por esas Plazas?

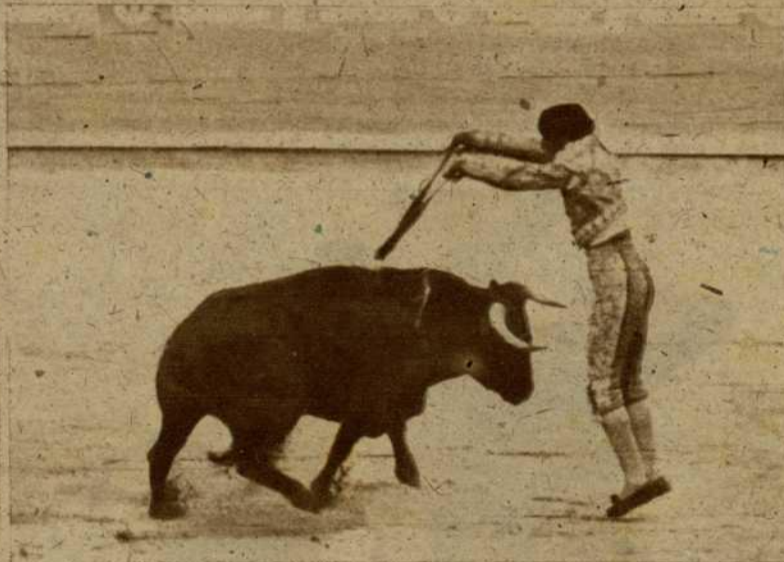
El único que puede tener alguna disculpa, por su poca experiencia y por el valor que derrochó en el tercero, es el sevillano "Larita". Decimos "alguna" disculpa, porque en el sexto estuvo Fer-



Artistas belgas presenciando la novillada del domingo en las Ventas



Fuego al manso



"Faroles" en un buen par. "Faroles" y "Orteguita" banderillearon los seis novillos

nando Lara muy por bajo de lo que todos esperábamos, con la muleta y con el estoque. Había dado la vuelta al ruedo en el tercero por una faena valentona, a la que puso el remate de una estocada certera, y sorprendió ver cómo muleteaba al sexto sin parar en ningún momento y cómo mataba, por lo mediano, de dos pinchazos y media estocada. Pero, en fin de cuentas, "Larita" puso voluntad, valor a ratos y, en contadas ocasiones, algunas gotas de arte. Poco fué; pero fué algo, y menos da una piedra.

Pepe Catalán, primer espada de la terna, nos aburrió con la vulgaridad de su toreo. Cierto que, de vez en vez, anduvo el hombre decidido, y su labor, en tales momentos, pudo calificarse hasta de discreta; pero lo mejor de lo que hizo sólo fué eso: discreto. Catalán ha toreado mucho ya, y sería cosa rara que lle-

gase a alcanzar algo más de lo que hasta ahora ha conseguido. El domingo oyó algunos aplausos durante la faena que hizo al primero; faena en la que hubo más efectivismo que dominio y arte. Mató de una estocada. Al cuarto, no supo qué hacerle en el último tercio y lo mató de media tendida y el descabello al tercer intento.

Vicente Fauró tuvo una actuación desafortunada. Ya hemos dicho en otras ocasiones la opinión que hemos formado de este muchacho, y por ahora, en nada tenemos que modificarla. Su primer novillo, que había sido fogueado, era difícil; pero Fauró extremó las precauciones, se desconcertó muy pronto, y el resultado fué que le pitaron después de verle muletear muy movido y matar de cuatro pinchazos y media estocada. El quinto fué mejor que el segundo y Fauró lo vió; pero como el novillo no le tomase la muleta con suavidad al torear al natural, optó el torero por el cómodo recurso de muletear por la cara, y aunque mató bien, el resultado fué otra pita que tuvo el prólogo de unas "palmas de largo" en la última parte de la faena.

Si los novilleros —generalizamos y no se nos oculta que hay excepciones— triunfan en Madrid, procuran no volver a nuestro ruedo para explotar su éxito por provincias; pero si fracasan ponen en juego todas sus influencias hasta que consiguen actuar de nuevo en la Monumental. Se sigue de todo esto que es punto menos que im-

posible que los aficionados madrileños lleguen a presenciar una novillada buena, y, sin embargo, siguen agotando las localidades. ¿Tiene esto alguna explicación?

"Larita" hizo dos quites de costado por detrás que merecieron muchos aplausos. Catalán no se lució en este tercio, y Fauró procuró intervenir las menos veces posibles.

Banderillearon a los seis novillos Emilio Ortega, "Orteguita", y Luis González, "Faroles". Emilio Ortega no tuvo su tarde. Únicamente en el sexto logró lucirse en un buen par. En cambio, "Faroles" solamente en una ocasión dejó de ser aplaudido. El resto de su actuación fué magnífica. Las mayores ovaciones de la tarde, a él fueron dedicadas. A él y a Quintana, que toreó y bregó muy bien.

De los seis novillos de Vicente Muriel, uno, el tercero, fué bueno; el quinto, regular, y los demás, mansos. El segundo fué fogueado después de volver cinco veces la cara a los caballos.

Otra tarde perdida.

BARICO



Un lance con el capote a la espalda de "Larita" (Fotos Baldomero)

A VISTA de TENDIDO

Camino de Vista Alegre. - Avería en el autobús. En el coche de un entierro. - Mezcla ibérica. - Toros mansos. - Estampidos y chillidos. - Las caras de los maestros. - Público eufórico. - La esperanza

SUCEDIO que cuando íbamos el pasado domingo a la corrida de toros —¡que ya no son novilladas, eh!— de Vista Alegre, se estropeó el autobús en el camino polvoriento de Carabanchel. Nos apeamos y todos los viajeros sentimos el apuro de la hora, pues aunque el reloj de la Plaza carabanchelera sigue marcando desde su inauguración las siete y cinco, lo cierto era que faltaban pocos minutos para empezar el festejo y resultaba casi imposible llegar a tiempo. En esto vimos parado en medio de la carretera un hermoso y panzudo autobús amarillo, medio vacío, y lo llenamos en un santiamén, bendiciendo su providencial aparición.

—¡Eh, caballeros! —nos gritó el cobrador—. Que ustedes se han confundido. Que éste es un coche de un entierro.

—Pero, ¿no va al cementerio?

—Sí, claro.

—Pues en tal caso pasa al lado de la Plaza. Para allí un momento, nos apeamos, y en paz.

El cobrador protestaba y vacilaba. Era hombre de fina sensibilidad, y aquel asalto, aquella mezcla de viajeros, le parecían algo irrespetuoso. Pero las gentes del sepelio fueron amables y comprensivas. Y el autobús partió con su diversidad de destino, de pasajeros y de conversaciones, en una mezcla de tristeza y de alegría, de vida y de muerte, que, en el fondo, resultaba quevedesca y goyesca, terriblemente ibérica, profundamente española. La mitad de los viajeros siguió al camposanto y la otra se quedó en el coso redondo... Aunque en realidad hubiera sido mejor acompañar al cortejo fúnebre y dar un adiós piadoso a quien nos había brindado póstumamente el favor de cedernos un vehículo de su entierro.

Porque la corrida de Vista Alegre se quebró desde el principio —como habrán dicho las crónicas—, a causa de la mansedumbre del ganado. El caso es que los toros tenían una lámina preciosa. «Como la Plaza es pequeña desde aquí —decía un espectador— los bichos parecen más grandes»... «Y lo son, caballero; no es ningún efecto de óptica», respondía otro señor del público.

En general, la lidia se desarrolló entre un gran amor propio de los peones, que bregaron de lo lindo y pusieron pares o medios pares de banderillas comprometidísimos. Por cierto, que uno de estos peones, acosado y achuchado por el enemigo, le tiró el capote a la cara, y frenando el paso en la carrera, iba a entrar tranquilamente en el burladero, cuando el grito del público le advirtió que el peligro de la cornada inminente se cernía sobre su espalda. Y gracias al alarido de la gente apresuró su entrada en las tablas y se salvó.

Toda la tarde estuvo llena también de chillidos histéricos de mujer y uno de los tercios de estampidos de petardos de banderillas de fuego, que estallaban antes de tiempo o caídas en la arena. Hubo, pues, derroche de gritos y de pólvora. Pero apenas nada más.

Ni «Rafaelillo», con su cara de huertano a quien molesta el sol y hace por eso un guiño de defensa; ni «Morenito de Valencia», que tiene rostro de párroco de aldea; ni Félix Rodríguez, que parece un boxeador extranjero, pudieron contra la mansedumbre y las malas intenciones de los toros. Se derramó la sangre de los degüellos y hasta anotamos alguna espantada tipo calé. A la mitad de la corrida se oyó el pregón de «Los tres iguales!» Y efectivamente, los mansos y su lidia habían resultado idénticos.

El que, como siempre, estuvo a la altura de las circunstancias, fué el público de «la chata». Público eufórico, expansivo, cargado de vayas, de pulas y de donaires. Y también de descubrimientos sensacionales, como, por ejemplo, el de que el director de la simpática banda de música, conocida por el sobrenombre de «la Sinfónica de Carabanchel», dirige campechanamente con el sombrero puesto, y

Félix Rodríguez, por no irse de la Plaza sin aplausos, ya que nada pudo hacer con dos mansos, cogió banderillas en el cuarto. Y estuvo lucido

en vez de batuta; usa el cigarrillo encendido, al que da una chupada entre fusas y corcheas.

Con la preocupación de no encontrar autobús o de estar demasiado tiempo en la «cola», salimos antes de que doblara el último de la tarde, pero no sin oír antes a un compañero de tendido censurar el empleo del estoque de madera con estas palabras: «Es un «modismo» que no me gusta»... Y a otro que a los pases de castigo les llamaba «latiguillos». ¡Si le llega a oír algún cómicol...

Lo más bonito de la afición es que uno no pierde nunca la esperanza y siempre abandona la Plaza diciendo: ¡En fin, otra vez será!

ALFREDO MARQUERIE

Seis toros de doña María Antonia Fonseca, para Félix Rodríguez, «Rafaelillo» y «Morenito de Valencia»

El tercer bicho fué bravo, dos tuvieron que ser fogueados y los restantes fueron broncos

LA Empresa de la Plaza de toros de Vista Alegre merece los elogios que le dedica el público. Sin duda, es acertada su gestión, encaminada a prestigiar el ruedo de Carabanchel, y acierto total ha sido la organización de corridas de toros con



«Morenito de Valencia» aprovechó el único toro bravo de la tarde, al que le hizo una buena faena

«Rafaelillo» sólo pudo aprovechar unas arrancadas del quinto para ligar cuatro naturales muy buenos. —(Fotos Cifra)



matadores que en la actualidad no brillan como primeras figuras, pero que llegaron a la alternativa por méritos indiscutibles. Esta revisión de valores era necesaria y dará sus frutos. Si se comparan los carteles del domingo de Madrid y Carabanchel, se ha de reconocer que era más interesante el de Vista Alegre que el de la Monumental. En Carabanchel hubo poco bueno, es cierto; pero, por lo que nos dijeron, aún hubo menos en Madrid.

Se ha de culpar de la pesadez del espectáculo a los toros de doña María Antonia Fonseca. Sólo uno fué bravo: el tercero. El primero fué fogueado, el sexto también llevó fuego y los tres restantes fueron broncos. Todas las reses estuvieron bien presentadas.

Félix Rodríguez empezó toreando muy bien con el capote al primero. Fué todo lo que pudo hacer, porque el manso no embistió en el último tercio, y el torero zamorano hubo de estar breve con la muleta y mató de media estocada. También el cuarto era manso y, de añadidura, peligroso, especialmente por el lado derecho. Otro torero se hubiera limitado a despacharlo; pero Félix Rodríguez necesitaba ser aplaudido y buscó los aplausos en el segundo tercio, único en el que se podían lograr algunas palmas. Y se lució en banderillas, para luego muletear y matar, decorosamente.

Rafael Ponce, «Rafaelillo», derrochó voluntad. Muy poco era lo que podía hacer. Aprovechó unas arrancadas del quinto para ligar cuatro naturales muy buenos y esto fué todo lo que la mansedumbre de sus enemigos le permitió hacer con lucimiento. Estuvo breve en el segundo, al que mató de una estocada, y, como queda dicho, logró algunos buenos muletazos en el quinto, que se defendió en tablas y no permitió más faena. Lo mató de dos pinchazos, una estocada y el descabello al primer intento.

Aurelio Puchol, «Morenito de Valencia» —¿cuándo habrá ocasión para que esté torero confirme su alternativa en Madrid?— tuvo la fortuna de que le tocara en suerte el único toro bravo de la corrida. No desperdició la coyuntura. La suerte no le acompañó al matar y por ello perdió la oreja que había ganado con la muleta.

Pero estuvo muy bien en este toro. La faena fué bonita, suave y fina. Hubo derechazos y en redondo perfectos y otros muletazos muy toreros que dieron unidad y belleza a la labor de «Morenito de Valencia». Mató de tres pinchazos y fué ovacionado. El toro fué aplaudido en el arrastre. En el sexto —fogueado— estuvo breve y certero al herir.

«Cata» y «Rubichi» fueron aplaudidos al banderillar al segundo.



B.

Luis Miguel "Dominguín" se culpa a sí mismo de la cogida que sufrió el sábado

EN la clara habitación del sanatorio donde se encuentra herido de gravedad Luis Miguel "Dominguín", se mueven casi constantemente, silenciosas y ligeras como dos sombras benéficas, las hermanas del torero. Las dos se desviven por atender a su hermano en los más pequeños deseos que él demuestre. Ellas son quienes nos reciben y nos acompañan al lado de Luis Miguel, que está animado y optimista como si eso de haber sufrido una cornada fuera cosa de broma. Empieza nuestra conversación cuando su hermana Pochola le enciende, amable, un cigarrillo.

—Vamos a ver, Luis Miguel, ¿cómo ocurrió el percance?

—Tenía yo la sangre caliente por lo que me había pasado en las banderillas. Estaba ya ofuscado y perdí la prudencia... Como en todos los casos, en éste, la culpa de la cogida la ha tenido el torero y no el toro.

—Luego, ¿usted no guarda rencor al toro por haberle herido?

—No, de ninguna manera. La culpa fue sólo mía.

—¿Qué impresión le hizo la cogida?

—No me asusté. Esa es la verdad. Estuve bastante sereno. Tengo el convencimiento de que tenemos marcado el momento de la muerte, contra el que no caben defensas, y creo que éste no es todavía mi momento. Esa fue la impresión que me hizo. Por eso no quería marcharme de la Plaza...

—Está bien lo de creer en el Destino...

—Nunca me ha dado la sensación de que iba a morir cuando he sufrido alguna cogida.

—¿Cuántas han sido?

—Seis.

—¿Perdió usted el conocimiento en algún momento después de la cogida?

—Ni uno solo. Todo el tiempo estuve pendiente de que avisaran a mi familia. Soporté íntegros los dolores de las primeras curas, porque la anestesia local que me aplicaron no hizo efecto.

Ahora nuestras preguntas se dirigen a las hermanas de Luis Miguel, Carmina y Pochola, que son las que mejor pueden darnos datos acerca de la impresión que en la familia del torero, hizo la cogida del sábado.

—¿Estaba alguno de ustedes en Melilla cuando ocurrió la cogida?

—No. Todos nos encontrábamos en Madrid.



Luis Miguel Dominguin en el Sanatorio donde se atiende a la curación de la herida que sufrió en la corrida inaugural de la Plaza de Toros de Melilla

Además, mi madre y nosotras estábamos tranquilas esperando la conferencia, y como tardaran en darla, pensábamos que nada habría ocurrido, porque cuando hay una cogida avisan inmediatamente, mientras que cuando todo va bien la conferencia no se celebra hasta después de terminada la corrida. La tardanza en recibir noticias la considerábamos como buena señal. Figúrese, la impresión que nos haría el saber que estaba herido. Habíamos llamado a casa de Ortega, y su mujer, que ya estaba enterada de la cogida de mi hermano, no se atrevió al principio a decirnos nada. Cuando se lo dijeron a mi padre, que estaba ya en Quintanar, camino de Murcia, donde al día siguiente toreaba Luis Miguel, regresó inmediatamente. Ahora, mi madre y nosotras nos pasamos aquí todo el día.

—¿Cuánto tiempo cree usted que tendrá que estar ahora sin torear?—preguntamos a Luis Miguel.

—Por lo menos, veintitantos días, que son otras tantas corridas que pierdo, ya que tenía firmados contratos por los que salía a corrida diaria. Justamente, en los días que llevo aquí, que son tres, he perdido tres corridas.

—¿Piensa usted empezar a torear en cuanto salga del sanatorio?

—Antes tendré que hacer algo de ejercicio y entrenarme un poco para que la pierna recobre agilidad. Si no me expongo a salir a la Plaza y tener una mala tarde o algún accidente desagradable.

Hay una pequeña pausa en la conversación, que empleamos en observar al herido, así como está ahora, desprevenido, en el abandono completo de una conversación natural. No, no; Luis Miguel no es, ni nos parece, el muchacho activo y enreído que muchos suponen; es, simplemente, ahora, el muchacho herido, que siente el dolor de la cornada y la contrariedad de haber tenido que suspender por unos días su temporada triunfal; que se deja mimar por las hermanitas buenas y jóvenes como él, y que charla con cordialidad y nos sonríe como si fuéramos una vieja amistad suya. Después de estas conclusiones, un poco al margen de nuestra charla anterior, le preguntamos:

—Usted, en realidad, ¿es tan serio y tan poco afectuoso para la gente como algunas personas creen?

—Usted, en realidad, ¿es tan serio y tan poco afectuoso para la gente como algunas personas creen?

Ya está hecha la pregunta impertinente, y Luis Miguel nos dice:

—Creo que, en realidad, a veces debo parecer antipático al público. A esta conclusión llegué un día que me vi en un noticiario. Tenía una cara tan seria y tan estirada, que no me agradé a mí mismo.

Las hermanas protestan:

—Luis Miguel es muy serio. Pero no es nada antipático. En casa está siempre muy alegre y juega con nosotras como un verdadero chiquillo.

—Creo que lo que me pasa es que en el momento de salir al ruedo tengo, sobre todo, el sentido de la responsabilidad y la preocupación de estar bien, y eso, me da un aspecto grave.

—Es natural.

Aunque Luis Miguel no se muestra nada antipático con nosotros; aunque su naturalidad y su simpatía desmienten cuanto pueda pensarse acerca de su altivez de joven ídolo de los aficionados, creemos prudente dejarle ya. Padece con resignación los dolores de su herida y no es justo que padezca por más tiempo nuestra conversación.

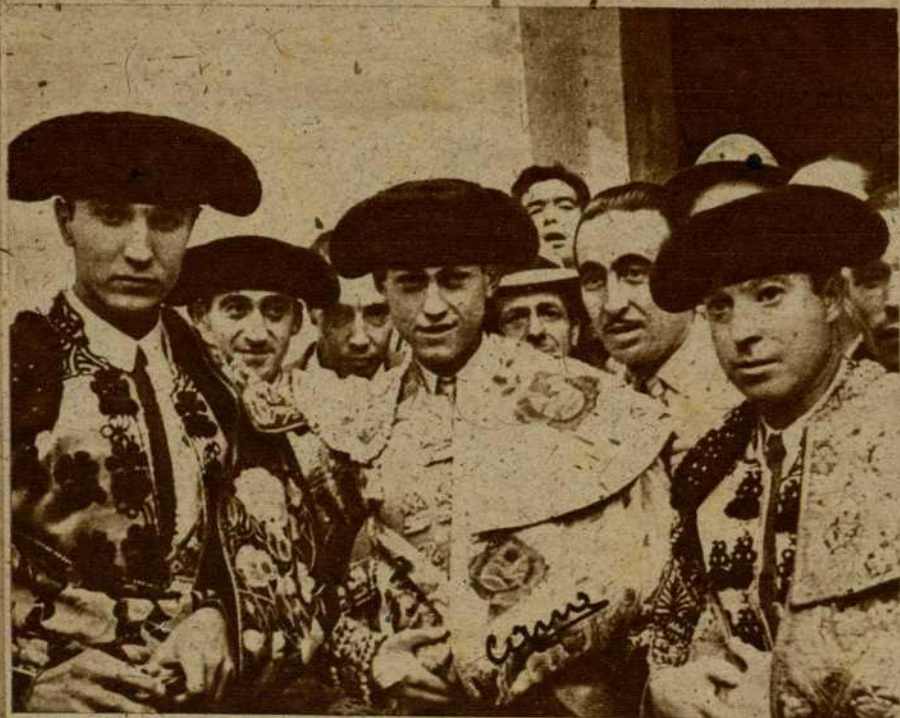
PILAR YVARS



Luis Miguel con sus hermanas Pochola y Carmina, que le cuidan

Luis Miguel explica a nuestra colaboradora cómo fue la cogida (Fotos Montes)

La tradicional corrida de Aranjuez, el día 4 de septiembre



Luis Miguel, Paquito Muñoz y Pepe Luis preparados para hacer el paseo. El cartel había despertado gran expectación y la Plaza estaba llena. Luego la corrida se deslizaría, entre la lluvia, en un tono gris

Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel "Dominguín" y Paquito Muñoz con toros de Samuel Hermano



Pepe Luis Vázquez en una verónica y en un pase de pecho al cuarto toro de la tarde



El general don Antonio Huguet presencia la corrida desde un burladero



Una caída comprometida y todos preparados para el quite

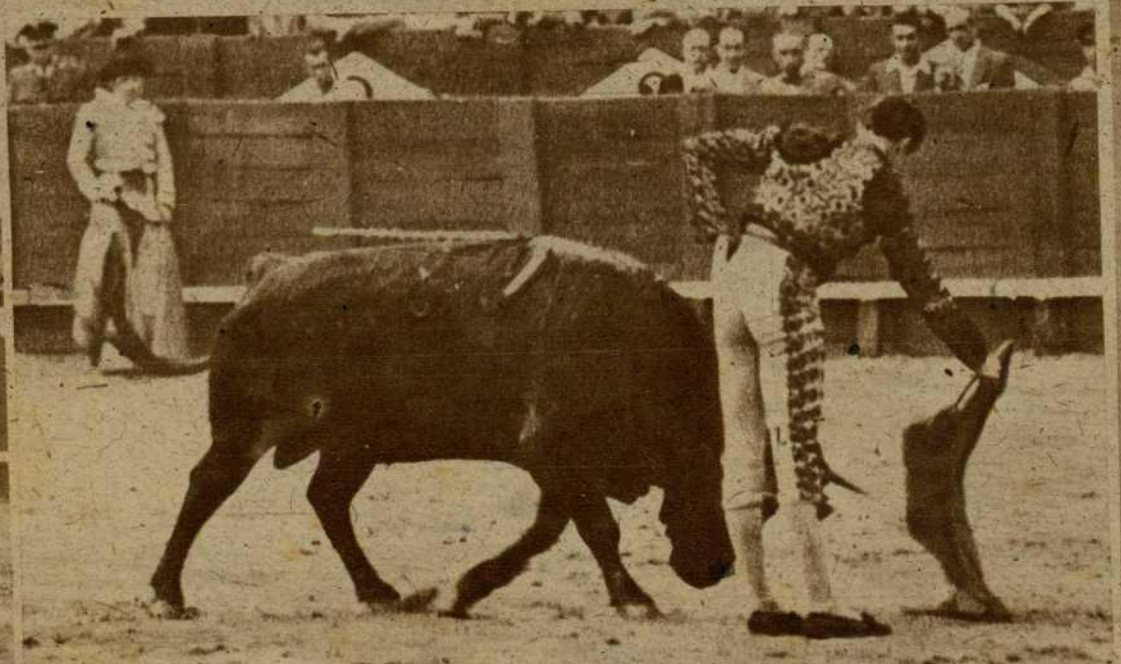
Desde la grada, a salvo de la lluvia, la corrida se ve tranquilamente



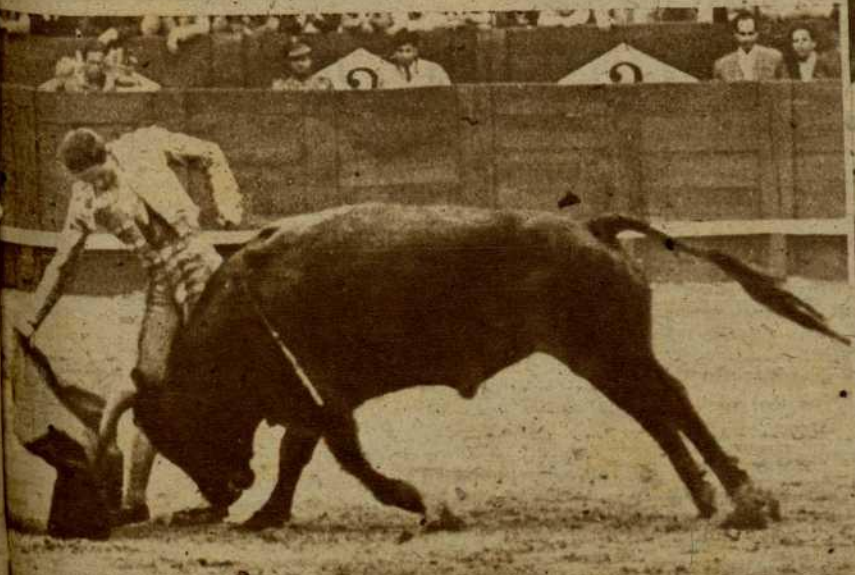


En los tendidos hay que tomar precauciones ante la lluvia. El presidente de la Asociación de la Prensa, de Madrid, Víctor de la Serna, junto al director general de Cinematografía y Teatro, Gabriel García Espina, se cubre con un capote de brega

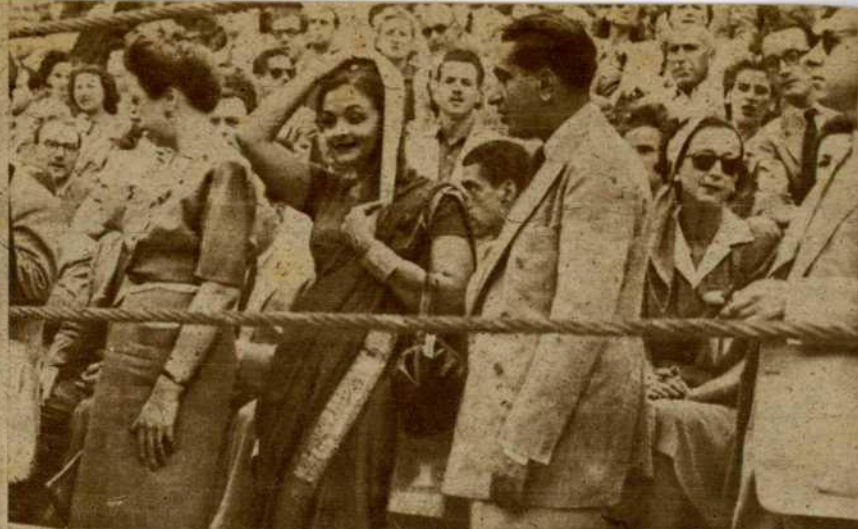
Luis Miguel toreando con la muleta. Los toros de Samuel Hermanos no tuvieron la embestida franca. Luego Luis Miguel declararía que no se había sentido satisfecho de su labor



Tampoco Paquito Muñoz pudo sacar partido del lote que le correspondió. He aquí dos notas de su actuación



Esta vez la tradicional corrida de Aranjuez, a pesar de la lluvia, se celebró íntegramente. El público permaneció en los tendidos hasta el final (Fotos Cano)



Como hasta el domingo no hubo espectáculo en la Plaza de Barcelona, en ese día se hizo el paseo sin música y se guardó un minuto de silencio por la muerte de «Manolete»

El cuarto toro, al derrotar muy fuerte contra un burladero, se partió un pitón

En Barcelona, los espectáculos taurinos no se reanudaron hasta el domingo día 7

Hubo una novillada de don Cándido García Sánchez, para Antonio Caro, Luis Peña y Pepe Calabuig

Mahomedlli Habib, agente comercial del Gobierno del Pakistán, acompañado de su distinguida esposa, presencia la novillada

En un cartelón que circuló por el ruedo, se pidió que toree Parrao en premio de haber ofrecido su sangre a «Manolete»



Antonio Caro, Peña y Calabuig en algunos momentos de la lidia (Fotos Vallés)



UNA NOVILLADA BRAVA

COMO este espectáculo fué el primero efectuado en Barcelona después de la tragedia de Linares, los toreros hicieron el desfile sin música y hubo luego un minuto de silencio como homenaje a la memoria de «Manolete» (q. e. p. d.).

Actuaron como espadas Antonio Caro, Luis Peña (nuevo aquí) y Pepe Calabuig, con seis novillos de don Cándido García Sánchez, que tuvieron casta, demostraron bravura y dejaron satisfecha a la numerosa concurrencia.

Antonio Caro tuvo una buena tarde. Cortó la oreja de su primer enemigo por una faena torerísima en su conjunto, y no pudo hacer nada con el cuarto porque éste se partió un pitón en el fortísimo derrote contra un burladero. Pero el diestro madrileño, aparte aquella notable labor, estuvo muy lucido en todas sus intervenciones durante el curso de la lidia.

Algo parecido puede decirse de Luis Peña, quien igualmente cortó la oreja de su primer astado, además de demostrar muy relevantes aptitudes que permiten poner en él halagüeñas esperanzas.

Y en cuanto a Calabuig, que igualmente obtuvo la oreja de su primer toro, hizo muchas, muchísimas cosas —desde el salto de la garrocha hasta un cite a banderillas con las dos rodillas en tierra—; algunas de ellas le salieron bien y otras no, y en evidente inferioridad física al final por la cogida y zamarreo que sufrió al trastear al sexto, le costó bastante acabar con éste y no pudo evitar que le avisara el presidente.

DON VENTURA

DESDE hace siete años, mis ojos de española aficionada a la Fiesta Nacional han venido contemplando sobre las arenas y bajo los cielos distintos de las Plazas de Toros españolas el gallardo luchar con la muerte —del que siempre salía victorioso— de ese torero impar que se llamó Manuel Rodríguez, «Manolete». En el Norte nublado; en Madrid, Aranjuez o Toledo primaverales y radiantes; en Barcelona o Valencia; en Algeciras, Córdoba, Málaga o Sevilla he visto su figura pálida, melancólica, enigmática, desafiante y vencer —angustiosamente, increíblemente, milagrosamente— el peligro de la fiera y la asechanza rencorosa de quienes no queriendo reconocer la verdad y la genialidad de su arte, acababan por rendirse asombrados ante los prodigios de valor y destreza de su capote y su muleta. Alrededor mío, las voces de los aficionados —con acentos de todas las regiones— adquirían una idéntica ronquera al fundirse en ese grito de unánime españolidad que es el «ole» de la Plaza de Toros, que cuando se le gritaba a «Manolete» tenía un tono dramático, espeluznante, a veces, como si el corazón se le escapase por la boca al espectador estremecido. Faena tras faena, cornada tras cornada, volapié tras volapié de «Manolete», estallaba como un huracán la pasión contenida por la emoción de aquellos naturales prodigiosos o aquellas inimitables manoletinias. La gente se ponía en pie se frotaba los ojos, reía, gritaba, discutía. De la barrera a la última andanada, algo inexplicable nos enardecía a todos, bajo la llovizna vascongada

EL CLAVEL SIN DESTINO

el candente sol andaluz o la caligine de la Sagra en agosto. Las mujeres llevábamos siempre una flor para «Manolete», flor que muchas veces no llegaba a caer al ruedo porque el frenesí de nuestras manos la deshacía nerviosamente al ver los

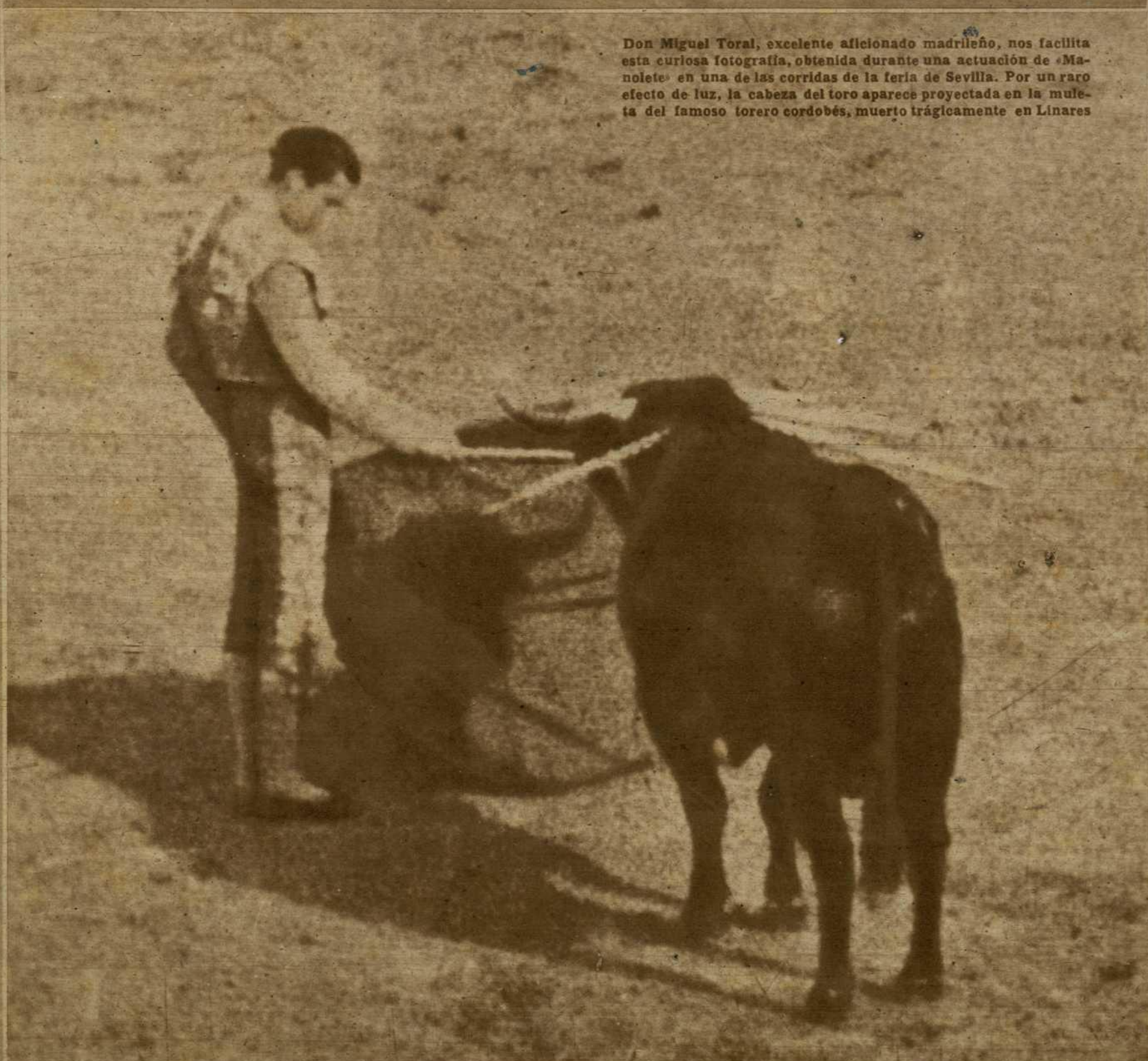
cuernos del toro rozando la seda y los alamares, amenazando aquella vida joven, jubilosamente ofrendada a la gloria de su arte y a la ilusión de su afición sin límites.

Yo debía haber visto a «Manolete» el 31 de agosto en el Puerto de Santa María. Ya en la maceta algecireña se encendía de color y de aroma el clavel que, cortado en la mañana del día de la Fiesta, habría de prender sobre mi pecho para arrojárselo al gran torero. Pero el destino no quiso que aquella flor se cortara. Prefirió segar la vida de «Manolete» con la hoz afilada del cuerno de un miura. Allá en la macetita algecireña se había mustiado el clavel que yo le habría ofrendado vivo, mientras todos sus hermanos de Linares, Córdoba y Sevilla cayeron sobre su cuerpo muerto. Y yo lo he cambiado por una plegaria y una lágrima por aquel mozo español que entraba en la inmortalidad de la leyenda y de la copla evocando a su madre y sonriendo al saber que, por morir como un valiente en su puesto de vanguardia, España entera le tributaría la ovación silenciosa de un duelo sincérrimo.

ARACELI DE SILVA
Duquesa de Almazán

Algeciras, 29 de agosto de 1947.

Don Miguel Toral, excelente aficionado madrileño, nos facilita esta curiosa fotografía, obtenida durante una actuación de «Manolete» en una de las corridas de la feria de Sevilla. Por un raro efecto de luz, la cabeza del toro aparece proyectada en la muleta del famoso torero cordobés, muerto trágicamente en Linares



En el entierro de "Manolete"

EVOCAACION en la Plaza de la LAGUNILLA

amigo y un defensor entrañable —a pesar de no haber alcanzado la época gloriosa— echaba los "vestidos" y los capotes. Y Manolo Rodríguez —con "Virutas" y con los hermanos "Cantimplas" y con "Gordoncho" y con "Gaznago"— saltaba al coche, que emprendía su veloz caminar, carretera adelante. ¿Te acuerdas, "Manolete", de aquellos festivales de Ecija, de Lucena, de Cabra, de Priego...?

Al llegar junto a "Manolete" muerto a su casa de la plaza de la Lagunilla, un nudo de congoja ha atenazado nuestra garganta. ¡Hemos recordado —¡tan a lo vivo!— aquellos días en que las mocitas del barrio se apiñaban para ver salir al torero camino de la Plaza! Hemos evocado también aquellas otras tardes en que el ídolo, novillero aun, con el traje de luces maltrecho y el rostro ensangrentado, regresaba, a hombros de la multitud, y le recibían los amorosos brazos de doña Angustias.

De entonces acá, ¡cuánta lucha, cuanto afán, cuánto triunfo, cuánta gloria! Y al final, la muerte. La muerte, que todo lo cancela. Todo, menos la memoria de este hombre, grande de corazón y de alma, que fué el mejor torero de que la Fiesta pudo enorgullecerse. "Manolete" ha quedado en Córdoba y en España y en el mundo como ejemplo señero de bondad.

JOSE LUIS DE CORDOBA



«Manolete» en el patio de su casa de la Lagunilla, con José Luis de Córdoba, corresponsal de EL RUEDO y autor de este artículo

HACE años que no habíamos llegado nosotros hasta la plaza popular y torera de la Lagunilla, enclavada en el corazón del barrio del Matadero Viejo. ¿Te acuerdas, "Manolete"? Eran aquellos días de tus afanes de gloria y de triunfo. Era por aquel tiempo del año 37, cuando Pepe Flores ya había vislumbrado en aquel muchachito serio, grave y espigado, la posibilidad de un torero de talla. ¿Te acuerdas, "Manolete"? "Camará" sintió entonces de nuevo el cosquilleo de la afición. Y ambos nombres se juntaron en los carteles en varias ocasiones.

Pepe Flores decía al autor de este artículo:

—Yo te enviaré el coche y tú recoges a Manolo.

Y allá íbamos nosotros a la casa número 49 de la Lagunilla a recoger al novillero ansioso de triunfos. En el zaguán de la casa, una gran cabeza de toro y una ampliación fotográfica del "Manolete" que dió el ser a aquel muchacho principiante. Al fondo, en el patizuelo empedrado, exornado con macetas de flores —patio de Córdoba—, la figura de doña Angustias Sánchez, esposa de toreros y madre de toreros. Curro Molina, aquel infortunado mozo de estoques de los primeros tiempos, que para "Manolete" fué, hasta su muerte, un



Paso del entierro de «Manolete» por el barrio de la Lagunilla, donde vivió en la época de sus primeros triunfos (Fotos Ricardo)



El pasado día 5 se celebró en Madrid un funeral por el alma de «Manolete», organizado por el Sindicato Nacional del Espectáculo, en la iglesia de los Jerónimos

EN nuestro número anterior dimos cuenta de los actos religiosos y profanos hasta aquel momento dedicados a la memoria del infortunado Manuel Rodríguez, «Manolete». Posteriormente se han efectuado otros, dedicados, unos, al eterno descanso de su alma, y otros, a enaltecer la figura del que fué primera figura del toreo. Recogemos aquí los más destacados.

Julián Marín organizó, a sus expensas, varios actos en su pueblo natal, Tudela, para honrar la memoria de «Manolete», actos que se iniciaron con un solemne funeral, que estuvo muy concurrido, y que finalizaron con la colocación de una placa en la Plaza de Toros, en la que se recuerda una magnífica faena del diestro cordobés hecha en Tudela.

El día 2 se reunió en Córdoba la Comisión Municipal Permanente. Se dió cuenta de una moción en la que se propone que en la plaza de la Lagunilla, en una de cuyas casas allí enclavadas vivió «Manolete», se construya un bello jardincillo que sirva de marco a un busto en bronce o mármol del gran torero. También se propuso que en la plaza del Conde de Priego, frente a la iglesia parroquial de Santa Marina, se alce un monumento, símbolo del toreo en Córdoba, en el que aparezcan las figuras de «Lagartijo», «Guerrieta» y «Manolete».

El jueves, día 5, se celebró en Madrid un funeral por el alma de «Manolete», organizado por el Sindicato Nacional del Espectáculo, en la iglesia de los Jerónimos. Asistió gran número de aficionados, toreros y amigos, que fueron del toreo, y es de señalar la gran asistencia de mujeres al acto. Tal fué la afluencia de público, que gran número de fieles hubo de quedar fuera del templo.

Alvaro Doméca dió cuenta de la celebración de un funeral en Jerez de la Frontera, y la admiradora del diestro Rosa Flores, de otro en Olivenza.

En el Sindicato Nacional del Espectáculo se reciben telegramas de Méjico y Repúblicas ameri-

canas dando el pésame por el fallecimiento. Destacan los enviados por el presidente de la Unión de Matadores de Méjico, de la Empresa de la capital, de la Unión de Toreros de Colombia y del Club de Bogotá.

El obispo de la diócesis de Córdoba, fray Albino González Menéndez Raigada, envió una expresiva carta, escrita de su puño y letra, a la madre de «Manolete», que dice así: «Señora doña Angustias Sánchez, madre de «Manolete». Muy estimada señora y hermana en Cristo: Supe en Oviedo, de donde llequé ayer, la triste noticia. Tenía yo verdadero cariño a «Manolete», no sólo por el generoso ofrecimiento que había hecho en beneficio de los obreros de Córdoba, sino por su nobleza, buen corazón y por su espíritu religioso. Por eso le encomendaba a Dios mientras vivía y le encomendaré ahora, para que le reciba pronto en el Cielo. Acompaño, pues, a usted y a toda la familia en el sentimiento. Su afectísimo, Fray Albino González, obispo de Córdoba.»

El viernes, día 5, organizado por la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima de la Esperanza, de Madrid, se celebraron, en la parroquia de Santa Cruz, solemnes funerales por el alma de «Manolete».

El sábado día 6, en la capilla del Hospital Provincial de Madrid, se dió una solemne misa de Requiem en sufragio del alma de «Manolete».



Presidencia de la misa de Requiem celebrada en la capilla del Hospital en sufragio del alma de «Manolete»

A la memoria de «Manolete»

Se propone la creación de un monumento en Córdoba

Una carta del obispo de la Diócesis a doña Angustias Sánchez

Se descubre una lápida en recuerdo de «Manolete» en el Hospital Provincial de Madrid



Tal fué la afluencia de público, que gran número de fieles hubo de permanecer fuera del templo



El presidente de la Diputación, marqués de la Valdavia, pronunciando unas palabras de elogio a «Manolete» en el acto de descubrir la lápida en que se recuerda al gran torero muerto como benefactor del Hospital (Fotos Cifra)

En la presidencia del duelo se hallaban el marqués de la Valdavia, presidente de la Diputación; el conde de Santa María de Babio, alcalde de Madrid; varios diputados y concejales, don José Flores y varios íntimos del diestro fallecido. Como la capilla era insuficiente para la cantidad de fieles que concurrieron al acto, fué habilitado el zaguán que da entrada a la capilla. Cantada la misa y rezado un responso, la Diputación, bajo mazas, se trasladó, seguida de los que habían asistido al piadoso acto, a una de las galerías bajas del Hospital. Allí se descubrió una lápida de mármol negro, en la que, con letras de oro, se recuerda a «Manolete» como benefactor.

Habla el escultor AMADEO RUIZ OLMOS

Realizamos con tanto cariño como admiración la mascarilla de "Manolete"

¡Si todos los artistas tuviéramos un «Camará»!

APROXIMADAMENTE a las cuatro y media de la tarde del día 29 de agosto, unos escultores realizaron la mascarilla al cadáver de Manuel Rodríguez, "Manolete". Eran estos artistas el valenciano Amadeo Ruiz Olmos y el cordobés José Manuel Rodríguez, auxiliados por los señores Hidalgo y del Olmo García.

Con Ruiz Olmos hablamos ahora, mientras trabaja en su amplio estudio de la calle Sánchez de Fera.

—El hecho de realizar mascarillas —comienza diciéndonos— es puramente mecánico. Pero si se trata de hacer el trabajo en un cadáver desconocido, sobrecoje un poco. En este caso de "Manolete", como todos sentíamos por él tanto cariño como admiración, la labor nos ha sido bien fácil. Y como la mascarilla ha resultado maravillosa.

—¿Quiere explicarme cómo llevaron a cabo la obtención de la mascarilla?

—Como suele hacerse. Desde luego, fué un poco tarde. Se hubiera trabajado mejor, a pocas horas de morir. Y de aguardar a aquella noche, en que el cadáver comenzó a descomponerse, nos hubiera sido imposible. ¡Y hubiese sido una verdadera lástima!

—Pero, ¿qué procedimiento emplean para la preparación del rostro?

—Usamos una especie de grasa especial, para que la escayola se despegue fácilmente. Sobre las cejas pusimos a "Manolete" unos papeles de fumar. También hubo de cerrársele más la boca, que ofrecía ligeramente entreabierta. Terminado el trabajo se lavó con colonia el rostro del famoso torero.

Ahora, Amadeo Ruiz Olmos, nos muestra el dedo índice de la diestra mano de "Manolete", perfectamente modelado.

—Me sobró un poco de material —nos dice— y lo empleé en esto. Como tenía el crucifijo entre las manos y los dedos aparecían un tanto rígidos, sólo me fué posible obtener el dedo índice en su mitad. Pero observe, observe, cómo se aprecia el pequeño callito hecho a fuerza de mantener una vez y otra el estoque de matar toros.

—Y volviendo a hablar de la mascarilla, ¿tiene el proyecto de hacer muchos ejemplares?

—No. Don Alvaro Domecq, con quien me puse de acuerdo antes de efectuar el trabajo, es quien tiene que decidir. Pero yo creo,

sinceramente, que la mascarilla adquiere su verdadero valor, no existiendo en España más que dos ejemplares como suyo. Y en poder de personas que tengan derecho a poseerlas por su calidad de parientes o amigos íntimos del gran torero ido.

Finalmente, hablamos de la personalidad de "Manolete".

—Era un genio —exclama Amadeo en tono admirativo—. Yo, que no soy un apasionado de la Fiesta, le tenía en un concepto elevadísimo como artista sin par y como persona exquisita.

—¿Y a qué atribuye su muerte?

—A que en esa fecha tenía que cumplirse su destino. Era demasiado jugar con la

muerte y alguna vez había que perder en el trágico juego... Ahora hay quien quiere encontrar el motivo del fatal percance. El buscarlo es inútil. Pasó, porque, fatalmente, tenía que pasar. Don José Flores, su apoderado, su valedor, el hombre que supo conducir con pulso firme su carrera artística, habrá sido, sin duda, uno de los primeros en sentirlo y llorarlo amargamente.

—Esto me consta —respondemos. Y Ruiz Olmos cierra la charla con esta afirmación:

—Si todos los que queremos triunfar como artistas tuviésemos un "Camará"...!

J. L. de C.



(De esta fotografía de la mascarilla de "Manolete" no existe sino un único ejemplar, ofrecida su primacía a EL RUEDO por la gentileza de nuestro compañero José Luis de Córdoba)

ELEGÍA A "MANOLETE"



José M.^o Pemán, el insigne poeta, presidente de la Real Academia Española, ha sentido así la muerte del famoso torero de Córdoba:

Ensancha el verso, Córdoba, buscando las
[estrellas.

¡Nada de romancillos con ángeles toreros!

¡El que ha muerto tenía los ojos pensativos,
como dos pozos negros!

Hay que llorarlo, Córdoba, como pasa tu río
bajo los arcos altos de tu puente, en silencio.
Y hay que estar en su muerte, como él ante los toros,
elegante y sereno.

Nada de romancillos, Córdoba, ni cantares.
Un medio tono lleno de tristeza en el verso.

Son las siete doradas de su tarde infinita.
Ha dejado el capote de brega, y en silencio,
con un gesto tranquilo de victoria y descanso,
ha tomado el capote del último paseo.
Y se ha marchado erguido, contra la tarde quieta,
de espaldas a las rosas, y —¡por fin!— sonriendo...

JOSE M.^o PEMAN

(Dibujo de Enrique Segura.)



Quando «Manolete» no toreaba, gustaba de recluírse en el campo; aunque en los últimos años de su vida sintiera en mayor grado la atracción de la gran ciudad. Esta foto, en la intimidad, está obtenida en la finca Fuentelenciná, de la provincia de Guadalajara

EN LA MUERTE DE «MANOLETE»

ERA INEVITABLE

ERA inevitable.

Nos tenía acostumbrados. Y parecía que se nos olvidaba que cada tarde él jugaba sobre el borde milimetrado de la muerte; que un segundo o un centímetro bastaba para deshacer la armónica postura del lidiador.

Nos había habituado al peligro, a la difícil facilidad de vencerlo, a la tranquilidad para acercarse; para «aguantar» —nadie ha «aguantado» como «Manolete», ni antes ni después—, para no enmendarse ni dar el paso atrás.

Mientras estábamos tranquilos en el tendido, confiados, Manolo se iba acercando, despacio, muy despacio, apretando sus zapatillas —«que no han de ver el aire con la suela», escribía Alfaro—, clavándose contra la arena. Y parecía que él nos contagiaba su valor, su frío sentido de la responsabilidad y el arte.

Ya nos dolía conocer que no era inabordable por el asta; pero nos queríamos emborrachar de frases, de recuerdos, de imágenes brillantes, para estar tranquilos sobre su suerte y su destino. Y por eso íbamos alegres y contentos a verle. Optimistas y con humor.

Sólo él estaba callado y serio, antes de la corrida. Fuese la que fuese.

—Manolo, ¿por qué no te ríes en la Plaza?

—Porque usted se está divirtiendo en el tendido, y yo me juego la vida en el ruedo.

Con esa sequedad concisa —Córdoba y señorío—, respondía a una pregunta puesta en su camino por todas las ciudades españolas.

Pero Manolo sabía reírse. Y era joven y lleno de deseos de vivir. ¡Qué contraste entre su seria y preocupada figura, cuando salía fumando el último

cigarrillo del hotel, y aquella otra, relajada, abandonada, risueña, entre sábanas blancas, después del baño caliente al terminar la fiesta o junto a unos amigos en la cena de la noche del triunfo!

—Soy joven y quiero vivir. No deseo morir esclavo de mi profesión, porque el toreo no deja tiempo libre. Se está en él entero o se le deja...

Así me decía una noche, mientras salíamos de Madrid para Zaragoza. Quería vivir, disfrutar, poder hacer lo que hacíamos nosotros. Ser un hombre joven a quien nada le faltaba.

¡Decían que su arte era igual...

Como si el «Greco», para ser genial, tuviese que variar sus proporciones en cada cuadro iluminado, o Cervantes limpiar de refranes y aventuras su novela, para variar la tipicidad de los capítulos, o Schubert tuviese que ahuecar de armonía las «lieders» danubianas...

El buen arte no es igual ni repetido, y «Manolete» mucho menos, porque cada tarde salía un toro distinto, que no estaba de acuerdo ni sabía el camino.

La genialidad de «Manolete» es que enseñaba igual a unos que a otros; toros grandes o chicos, andaluces o salamanquinos. Y a todos les rendía en el supremo esfuerzo de vencerlos por ciencia y por riesgo.

Como hombre inteligente, su valor no era osadía temeraria. Era cálculo consciente. Sabía a lo que se exponía.

Como réplica al optimista verso de José María Alfaro que he copiado más arriba, muchas veces le hemos oído exclamar:

—Quieren que toree con los pies juntos, y un día, un toro me los va a levantar para siempre del suelo...

¡Pobre «Manolete», caído en la víspera de su libertad y de su vuelta a la vida privada!

No ha querido la Fiesta que muera apollado, burgués y tranquilo, entre amigos viejos y recuerdos llenos de polvo y melancolía.

Le ha querido llevar, fresco y sangrante, en plena juventud, cuando la palma triunfal le acariciaba el amanecer de cada día.

Era inevitable.

La muerte le tenía señalado.

Como un presentimiento de tragedia, «Manolete» era triste y solemne. Su toreo estaba impregnado de lo más fuerte de nuestra Fiesta: la trascendencia.

Cuando le vimos por primera vez, nos pasmó su asombroso dominio de los resortes y reflejos orgánicos. En lugar de huir, se mantenía; a cambio de salvarse, se arriesgaba más.

Su mechón cano —«miércoles de ceniza», que le dijo Marquerie en un redondo soneto— le caía sobre la frente generosa. Y al volverle a su sitio, mientras la Plaza rugía, parecía un gesto simbólico: elevar la obsesión del riesgo.

Era trágico, tremendamente destinado a un fin de romance. Y su diario triunfo nos adormeció las sospechas angustiosas que nos brotaron al conocerle.

Sin embargo, cada vez que un toro le derribaba, cada ocasión en que «Manolete» derrumbaba la al-

tiva torre de su cuerpo, doblada en el pelee de la cornada, nuestro corazón se agitaba en lo previsto: la muerte.

Y todo era gozo y aplauso. Y júbilo y enronquecer cuando volvía a la tiesa postura y abría el «abánico difícil de su izquierda», como decía Fexá...

Era inevitable.

—Me exigen mucho, y como gano mucho, tengo que dar todo lo que pueda.

Esa honrada moralidad profesional le ha llevado a la muerte.

¿Qué podía suponer en su historia una faena más o menos, en la Plaza de Linares? ¿Por qué tenía que seguir luchando en una dura batalla que se le inauguraba cada tarde como si fuese un desconocido o un recién llegado?

Antes los toros eran el comentario a un quite, a una estocada, a la faena de tal toro en la segunda de feria, en la cuarta de abono. Con eso se llenaba el periódico de literatura; el café, de pasión, y los tendidos, de público.

«Manolete» ha hecho mucho más. Por las arenas de todas las Plazas ha dado la vuelta del triunfo. En pueblos y en ciudades. En España y en América. «Manolete» ha vencido en la batalla diaria que, con inaudita ferocidad, le presentaba el público. En cada toro tenía que vencer, derrumbar rencóres, prejuicios, env. días—que si ganaba mucho, que si eran pequeños los toros...

Ahí le tienen, bajo el dolor, muerto para siempre, con una clara historia y una trayectoria española e hidalga, que remata la faena ejemplar de su califato indiscutible.

Yo le he visto en pueblos pequeños, en Plazas abarrotadas de endomingados paletos, rojos de vino y comida, dar su lección más clara, más fina y más arriesgada y no escatimarles ni negarles nada. Lo mismo estaba allí que en las grandes ocasiones de Madrid, Bilbao, Méjico, Sevilla, Barcelona. Para él la Fiesta estaba en el ruedo, en su lucha desigual con la fiera. En la rendición del insobornable público que aludía a su cara triste, a su desgarrada figura, a su falta de sonrisa...

Era alto, pero su estatura era menor que su fama. Su enjuto cuerpo parecía imposible para sujetar el nervio y el coraje. Se le escapaba en el brillo del estoque, en las dobles y repetidas medias verónicas o en los pausados giros de los naturales. Por allí se iba, creciendo y creciendo, y ya no tenía ni figura, ni color, ni nombre, ni silueta. Era el mito redivivo. La pasión hecha fuego. La tierra española alzada por un gesto y una actitud.

«Manolete» nos devolvió la pasión.

El solo. No necesitó la competencia para hacer brotar las chispas de las opiniones encontradas. Uno



Como nota curiosa de la vida de «Manolete», se ha relatado que hace cuatro años, al torear en la Plaza de Linares, el coche en que viajaba atropelló a una niña, a la que no causó daño alguno. La pequeña fué llevada al Hospital de los Marqueses de Linares, en donde «Manolete» la visitó. Al año siguiente de esta visita al hospital en que había de morir, «Manolete» volvió a Linares, y en un festival brindó un toro a su pequeña amiguita

(Foto Martí)

tras otro, fueron surgiendo nombres que se apartaban ante su paso seguro y firme, ante su hombría valerosa. Esa fiebre nacional del partidismo, del contra y del anti, de seguir a figuras y oponerlas, no pudo realizarse con «Manolete».

Con su mágica muleta en la zurda, abanicó, dió aire fresco al rostro preocupado de España y nos hizo alegrarnos y pensar en volver a vivir. En andar. Era el color. Surgieron competencias, deseos de lucha. Se derivó hacia los pesos de los toros—ya se ha visto que todos matan—, hacia el precio de las entradas; se metió el rencor en su vida privada y en sus fabulosas ganancias. (¡Poco para lo que ha hecho y ha supuestol)

Cuando salió de su tierra y llegó al caliente Méjico, asombró a los aztecas, escépticos de la fama que venía abriéndole paso. «El catedrático «Manolete», como le decía la Prensa mejicana, superó lo que de él se esperaba. Y un hombre español—de triste recuerdo político—dejó en una frase el mejor elogio.

—«Manolete» es el único español, de los que hemos venido, que no ha hecho el ridículo en Méjico...

Era inevitable.

Tenía que caer así, en una Plaza pueblerina; como

José. Para que su figura fuese de romance, motivo de coplas y nostalgia de nuestra triste generación, tan vapuleada y tan amarga, tenía que irse en plena juventud.

No le ha faltado nada para completar el cuadro. El toro, de la ganadería miureña. La Plaza de Linares. La agonía en la madrugada. El duelo nacional. (¡Copia nueva del cuadro de Villegas!)

Hay una copla que canta a José, refiriendo que el sevillano iba hablando del «Espartero», camino de Talavera de la Reina. Ya son tres los nombres que oiremos al compás de las guitarras, en otras madrugadas de «colmao» y manzanilla: «Espartero», José y «Manolete»...

Tres medallones de la historia de una Fiesta impar y brava. Inmensa y fuerte, como el pueblo que la mantiene, mientras un mundo loco se asombra de que los españoles lloremos de pena porque se nos ha muerto «Manolete»...

«Manolete» fué el último español que me dijo adiós en el muelle portugués de Lisboa, allá por el año 1945, al embarcarnos rumbo a estas tierras argentinas. Aun le veo, alto y sencillo, agitando su mano y deseándonos buen viaje... Era la misma mano que apretaba la muleta, mientras, centímetro a centímetro, sujetaba el coraje torpe del toro.

Nunca hubiese pensado que no le iba a volver a ver.

He sabido de él. Le he querido como al mejor de mis amigos, y su brillo está unido a los años dulces de mi juventud, siguiéndole por los ruedos españoles con mis inseparables compañeros.

Guardo muchas anécdotas tuyas, muchas historias. Muchas horas unidas. Las pensaba ir desarrollando, como un tapiz artesano, sobre la meseta castellana, en coloquios invernales, para un día poder terminar su biografía.

Ahora se corta—o se acaba—bruscamente. En un pueblo minero, allá por Andalucía extremeña, rodeado de olivares antiguos y torres morunas. En Linares, donde pasé una noche en el Hotel Comercio, al regreso de la feria sevillana, donde Manolo toreó cuatro tardes, conquistando, toro tras toro, a los entendidos sevillanos que se llegaron a olvidar que el torero era de Córdoba...

Ya estás con José en la Gloria. Has descansado, aunque la victoria te haya sido tan cara que te ha apartado de nosotros, de aquellos amigos cuya vida querías para ti, porque sabías que la muerte—a quien no te la has podido quitar en una verónica—te tenía puesta la ceniza blanca en el mechón y en el calendario jubiloso de tu historia torera.

JOSE VICENTE PUENTE

(Buenos Aires, 1947)

«Manolete», en la finca de Fuentelencina, con la señorita Lupe Sino y el matrimonio Padilla, al que «Manolete» apadrinó en la ceremonia, que se celebró en la iglesia de los Jerónimos



HABIA sido la temporada en que "Manolete" culminó sus triunfos en la Plaza madrileña con el famoso sobrero de la corrida de la Prensa, el de Pintó Barreiro, que hizo esbordar el entusiasmo de la multitud. La admiración que muchos intelectuales, literatos, escritores, periodistas, actores y artistas de diversa actividad sentían ya por el singular torero, iba tomando los caracteres de devoción apasionada. La simpatía de Manolo, en el terreno de la intimidad, en contraste con ese gesto en las Plazas, adusto, entristecido, que le apartaba de la fisonomía proverbial del torero lisonjeado por los aplausos, como si le costara trabajo sonreír, fué forjando amistades entrañables. Su modestia, contraria a todo rasgo jactancioso, que le hacía saber escuchar —lo que no es arte fácil, sobre todo en los encumbrados—, aumentaba esas razones cordiales que nos aproximaban a muchos al espada cordobés. Y así, la voluntad coincidente de hacer algo que plasmase pública y solemnemente el fervor, como aficionados y como amigos, de muchos hombres de letras, nos llevó a disponer un homenaje. No se pretendía realizar una afirmación partidista. No se trataba de proclamar que todos entendíamos que era el primero, el indiscutible. Muchos de los que asistieron al banquete de Lhardy, que tuvo una resonancia extraordinaria, sentían mayores admiraciones por otros toreros. Pero se hizo la convocatoria con las debidas salvedades. Y así, en la noche aquella, se reunieron en torno al torero las personalidades más ilustres de la literatura y de la Prensa española.

Fué José María Alfaro el promotor del agasajo. Y yo, a su lado, el que se ocupó de la parte material de aquel acto, redactando las gacetillas y las cartas de invitación, confeccionando la lista, encargando los puestos en la vieja y tradicional sala del restaurante de la Carrera de San Jerónimo. No había sitio para tantos como, enterados del propósito, se quisieron unir. Hubo disgustos, quejas... Pero la idea de que no se hiciera una comida de tipo popular, en local más amplio y con acceso para mucha gente, obligó a reducir las tarjetas y el número de comensales. No obstante, los allí reunidos, todos "gente conocida", pasaron de ciento veinte. Había verdadera expectación. Se dijo que Manolo iba a presentarse de "smoking", ya que, para dar tono a la fiesta, se exigió la etiqueta. Pero nos sorprendió a todos al llegar con un traje corto, negro, con la camisola rizada, su sombrero ancho, y una capa sobre los hombros. Era la etiqueta del torero. No quiso aparecer con una ropa que

"Manolete" entre los intelectuales

Algunos perfiles de aquella inolvidable comida de Lhardy

no había llevado nunca, aseñoritándose. Pero no prescindió del sentido de homenaje a los que se lo tributaban. Y por eso, su atuendo, que, con la emoción reflejada en el rostro —seguramente, tanta como la de muchas tardes inolvidables en los ruedos—, le daba un aspecto de "gran figura" casi mítica, de una

RUEDO. Y, finalmente, José María Pemán pronunció uno de los más bellos e inspirados discursos que hemos escuchado al esclarecido poeta y director de la Academia. Manolo, pálido, más pálido que nunca, se levantó, y con un símil gracioso, oportuno, dijo que estaba ante la lidia del toro más difícil de su vida,

y dió las gracias con una sinceridad que no necesitaba subrayar. Se había intentado por alguien prepararle unas cuartillas. Se negó. Dijo que no iba a creer que fueran suyas. Tenía "Manolete" un especial sentido de la sobriedad, de la verdad. Todo en él se caracterizaba por esa afición esencial a la verdad. En los ruedos y en la vida. Acaso ésta ha sido la razón de no ser grato a muchos, de no gustar a todos. Porque la ficción —que muchas veces es también arte exquisito— concita más fácilmente las explosiones y los entusiasmos. Y la verdad a secas, como la de un espíritu senequista, reflexivo, serio, fun-

damentalmente serio, tiene una belleza mayor; pero no siempre se capta en el momento de ser exhibida.

Terminó la cena. Se charló un buen rato, de sobremesa. Todos le manifestaron su simpatía; algunos, su verdadera admiración. Otros, en fin, su apasionado fervor. Manoletistas acérrimos, como Alfaro, Foxá, Filgueira, Ros, el que suscribe estas evocaciones, no ocultaban que, en su asistencia, había algo más que un aceptar del símbolo que había motivado la comida. De ésta se dieron amplias reseñas. Se habló mucho tiempo. Fueron discutidos el acto y su significado. No faltaron suspicacias y hasta comentarios adversos. Pero la idea se realizó como la previeron y quisieron sus organizadores. Y ahí quedó. Para el torero genial, para la figura más alta de la Fiesta, el acto más brillante, de mayor calidad, que nunca se había producido, y que, posiblemente, no se repetirá jamás.



El diestro cordobés con algunos de los escritores y amigos que asistieron al banquete Lhardy

especial y majestuosa traza. Llegó puntual. En el saloncito japonés bebió unas copas con los que ya le aguardábamos. Poco después pasamos al salón grande de Lhardy. Hubo necesidad de habilitar los otros comedores, porque seguían llegando asistentes. Se le sentó en la presidencia. A su derecha, Alfaro, como presidente de la Asociación de la Prensa, representando a los periodistas, aunque no hubiera sido oficialmente la entidad la organizadora, y a su izquierda, José María Pemán, como máxima figura literaria. En los demás puestos, ¿quién lo recuerda? Muchas fotos y muchas referencias han dejado el cabal testimonio. En esta evocación sólo puedo decir que allí estaban "todos". Los que no estuvieron físicamente atestiguaron su fusión espiritual con la razón y la iniciativa del homenaje, en una serie de cartas y de telegramas que me correspondió leer después de haber pronunciado unas someras palabras de explicación de la comida. En ellas, repitiendo lo ya consignado en la cita, dije que no era la exaltación de un artista al que, sin excepción, considerásemos el mejor, con desdén para otros, sino la vincu-



«Manolete», acompañado de sus amigos más íntimos, don Manuel Camacho y el conde de Villapadierna

MANOLO, era así

Don Manuel Camacho,
íntimo amigo del torero,
habla sobre la persona-
lidad de «Manolete»

ERAN muchos los que aspiraban a la amistad de «Manolete»; pocos, pero selectos, los que lograron ser amigos de Manolo.

Llamarse amigo de una figura popular, destacar, siquiera un poco, sobre la pléyade de admiradores de una personalidad, es, para muchos, motivo de andar felices por el mundo.

Así, en la tertulia del café, en la peña del Círculo o entre los compañeros de oficina, se cobra algo de la resplandescencia del astro. Por muy pequeño satélite que se sea.

Amigos a la hora del triunfo, de las jornadas de gloria, de los instantes en que los informadores gráficos pretenden, a cada minuto, eternizar la faz del héroe. Fotos sobre las que dedos febriles marcarán, orgullosos, una cabeza borrosa en un segundo o tercer plano, pero que harán decir solemnemente al autocalificado:

—Ese soy yo. Me puse atrás. ¿sabes?, porque soy muy modesto.

Amigos fáciles, prendidos a la estela refulgente del triunfo. Amigos del alma, que al primer fallo del artista le volverán las espaldas.

Tenía, sin embargo, buenos amigos «Manolete». Muchos fueron los llamados por el ancho corazón del diestro, y pocos los escogidos por la aguda inteligencia del torero. Muchos, casi todos, pretendían la espectacular amistad con «Manolete» triunfador y gran personaje en el ámbito nacional. Pocos —los elegidos— se interesan por la fraternidad con el hombre, con el muchacho bueno y sencillo, de recios y puros valores espirituales.

Entre los últimos se hallan don Manuel Camacho, tipo exacto del caballero andaluz; el gran deportista conde de Villapadierna, Perico Chicote, Ramón Herrera...

De «Camará» y Guillermo no había nada que hablar. Ya lo había reiterado Manolo: quería al primero como a su padre; al segundo, como a su hermano.

Por eso, hoy, cuando me encuentro ante la personalidad de don Manuel Camacho, le ruego que hable sobre la figura del ídolo, como hombre.

Y mi informador comienza así:

—Fue Manolo el ser que más luchó en la vida. No tenía que agradecer nada a nadie. Empezó de novillero, feo y flaco. La gente, a quien no agradaba la estampa que hacía en el ruedo, se creía que era muy antipático. Y lo primero que decía el público era lo siguiente: «¿Pero ese tío, con esa cara y esa facha, puede ser torero?». Esta instintiva antipatía a su figura determinó que «Manolete» sólo escuchara palmas cuando se jugaba la vida.

—Usted, que fué amigo íntimo de él, ¿cómo lo consideraba desde el punto de vista cultural?

—Personalmente, Manolo también era admirable. Sí; había nacido de clase modesta, pero asistió durante años al colegio. Era muy educado y

bastante culto. Y en cierta ocasión apabulló a un grupo de amigos, entre los que yo me encontraba, hablando sobre diversas facetas del descubrimiento y la colonización de América. Era, además, muy aficionado a la lectura; constituía ésta su pasión favorita, exceptuando, claro está, los toros.

—¿Cómo enjuicia usted, señor Camacho, la personalidad de «Manolete»?

—Manolo —responde mi interlocutor rápidamente— fué el hombre más bueno que traté en la vida. No lo digo ahora porque esté muerto, sino porque es auténtica realidad. Nunca nadie le oyó hablar mal de nadie. Y cuando, en la intimidad con los amigos, alguien «tijeeteaba» a cualquiera, solía exclamar con vehemencia: «Ya está bueno, hombre; ya está bueno.»

—En cuanto a su carácter —añade el señor Camacho—, era el opuesto al que suponía la gente. Manolo era simpatísimo; eso lo saben todos los que de una u otra forma trataron con él. Y resultaba tan amena y expresiva su conversación, que cuando nos decidíamos a reunirnos un grupo de amigos para cenar con él, o simplemente para charlar un rato, yo gastaba la broma de decirle: «Con la condición de que nos dejarás hablar a los demás, Manolo.»

Y es que —prosigue mi informador— él era amable y discreto en el trato con sus compañeros; cordial con los subalternos; correcto con todo el mundo. De todas las personas gustaba destacar sus buenas cualidades. Asimismo, demostró ser agradecido. «Camará» le había ayudado mucho en las más difíciles etapas, y él, al revés de muchos, a quienes el auténtico valor o la suerte encumbran, supo en todo momento corresponder a la demostrada estimación del amigo.

—¿Cuáles eran las más destacadas aficiones del gran torero?

—En realidad, no tenía desmedida afición por nada. Ya he dicho que le gustaba mucho leer. Lo que le atraía de un modo concluyente era la tertulia, el diálogo con los amigos íntimos. Entonces, Manolo, de modo invariable, encalzaba la conversación hacia temas taurinos.

—¿Cree usted, señor

Camacho, que fuera cierta la supuesta retirada de «Manolete»?

—Sí; había resuelto Manolo retirarse ya del toreo en octubre de este año. Al siguiente sólo actuaría en diez o doce corridas a beneficio de los pobres, y en las que él no cobraría ni un céntimo. Estaba orgulloso con ese proyecto.

A este respecto de la retirada —continúa mi interlocutor—, solía Manolo decir, bromeando: «Ya va a haber que irse, que estamos muy vistos.» Pero le costaba mucho trabajo retirarse de los toros. Llevaba la pasión de la Fiesta enraizada en lo más profundo de sus entrañas.

—¿Cómo interpreta usted a «Manolete» en el campo de los afectos?

—Tenía delirio por su madre —rotundiza don Manuel Camacho—, por su familia. Y afectos también del corazón eran los que experimentaba por «Camará» y Guillermo, especialmente.

—Desde el punto de vista económico, ¿cómo consideraba usted a «Manolete»?

—Como lo que fué siempre: espléndido, sin espectacularidades publicitarias. Basta señalar un detalle: para la última corrida de Beneficencia celebrada en Madrid, en la que Manolo actuó gratis, éste solicitó entradas por valor de veintidós mil pesetas; pues bien: pocos días después hacía efectiva en la Caja de la Diputación esta cantidad. Y así era en todo: gustaba de hacer la auténtica caridad cristiana: «Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda». Por eso, que se quite del pensamiento de todos la idea de que «Manolete» seguía toreamo para atesorar dinero. Aunque el dinero de los toreros es siempre muy escandaloso, él tenía más que suficiente para retirarse. Pero era mucha, mucha la afición que tenía mi desaventurado y gran amigo.

F. HERNANDEZ CASTANEDO



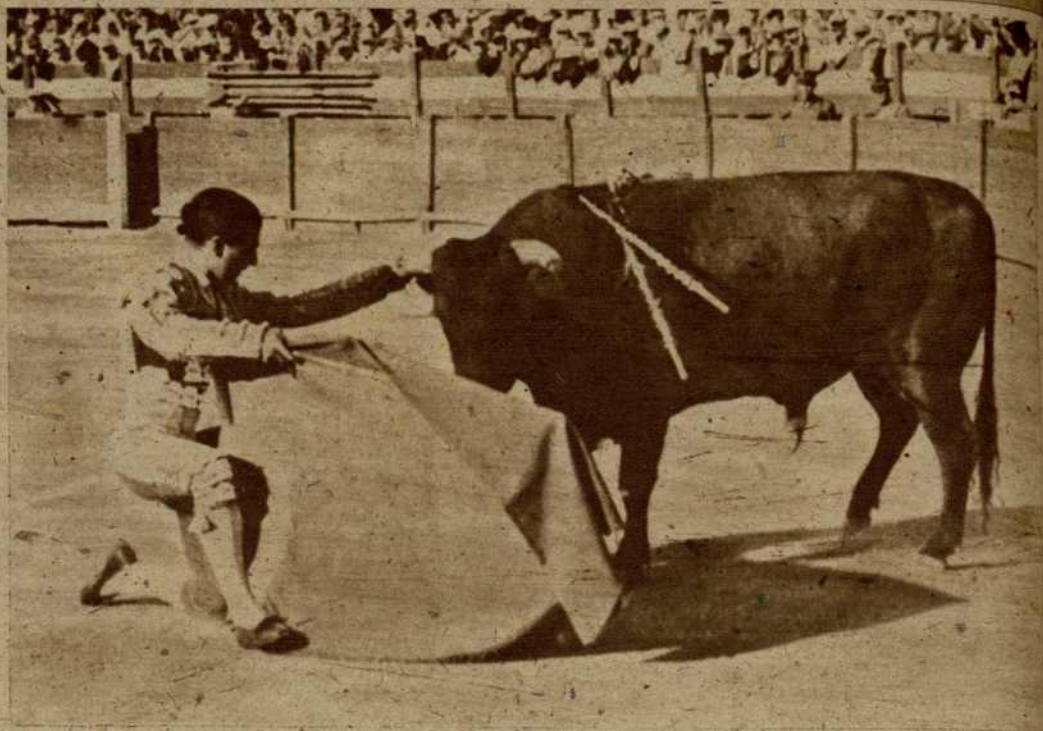
Don Manuel Camacho contesta a las preguntas de nuestro colaborador (Fotos Ruiz y Actualidad)

En la primera, celebrada el día 7, lidiaron seis toros de Alipio Pérez Tabernero y dos de Charro, Antonio Bienvenida, "Niño del Barrio" y Manolo Escudero, que substituyó a Luis Miguel



EL "NIÑO DEL BARRIO Y ESCUDERO CORTARON OREJAS

Antonio Bienvenida firma en el abanico de una admiradora

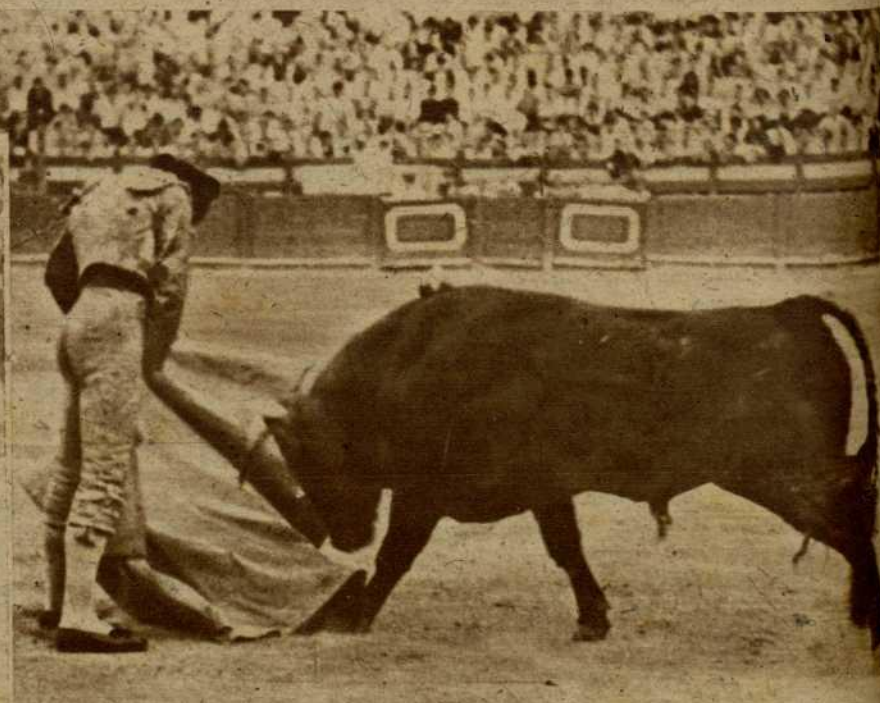
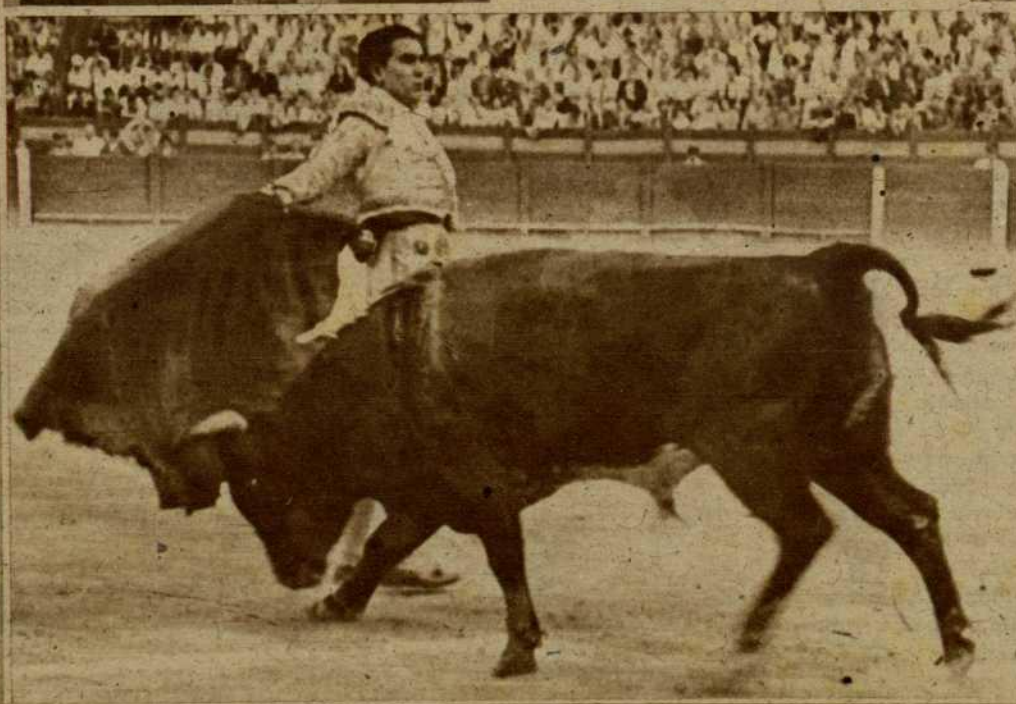


Un adorno de Antonio Bienvenida a su primer toro, en el que fué ovacionado y salió a los medios a saludar



Dos momentos de la actuación de José Vera, «Niño del Barrio», que triunfó, y que fué quien en la segunda corrida substituyó a Luis Miguel

Manuel Escudero llegó a la Plaza tarde, y despachó al cuarto y sexto toros. Momento en que Escudero aparece en el callejón



Una manoletina de «Parrilla»

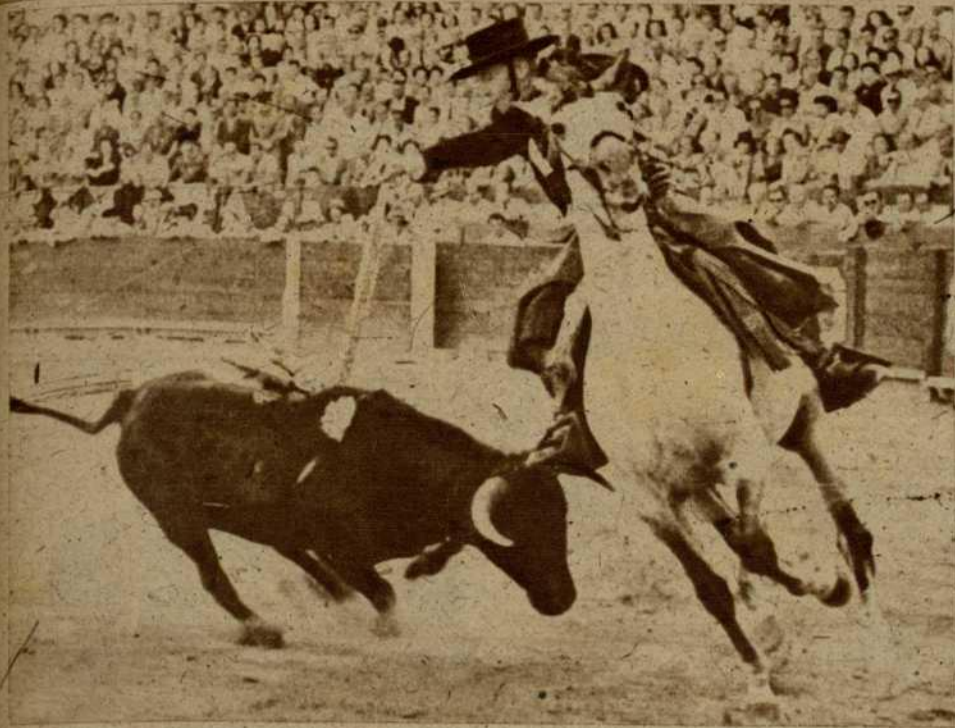
Una verónica de Manolo Escudero

Feria de MURCIA

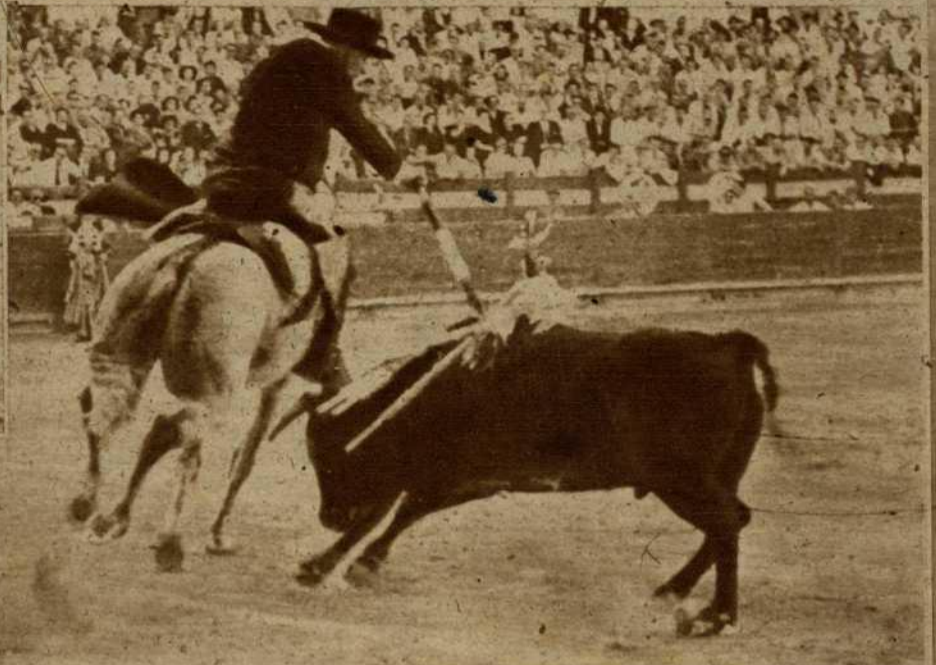
La segunda corrida fué el día 8, con toros de Galache, para "Niño del Barrio", Agustín Parra, "Parrita", y Paquito Muñoz

El duque de Pinohermoso rejoneó al primero y obtuvo un gran éxito, concediéndosele la oreja

También la cortaron "Niño del Barrio" y "Parrita"



La actuación del duque de Pinohermoso, fué lucidísima; así la del caballista como la del torero a pie



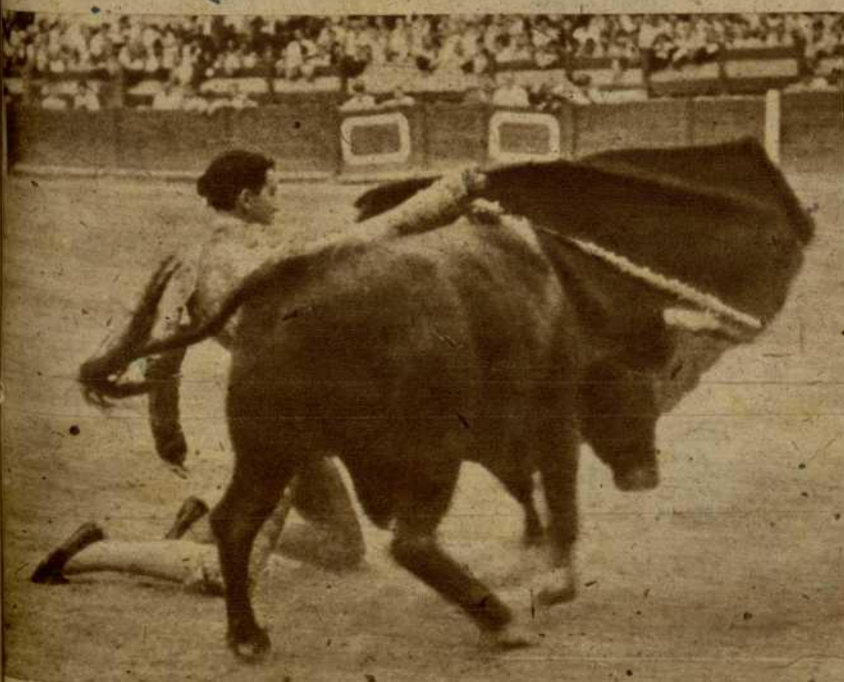
El duque de Pinohermoso en un descanso de la corrida



Una chiquelina del «Niño del Barrio»



Dos bellas espectadoras



«Parrita» inicia con las dos rodillas en tierra su faena al quinto toro, del que cortó las orejas

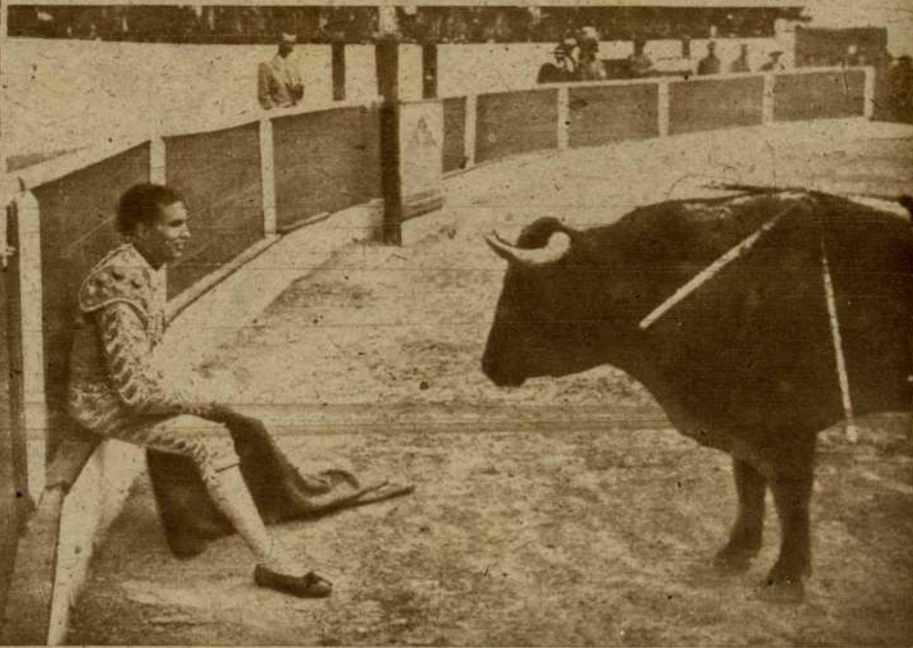
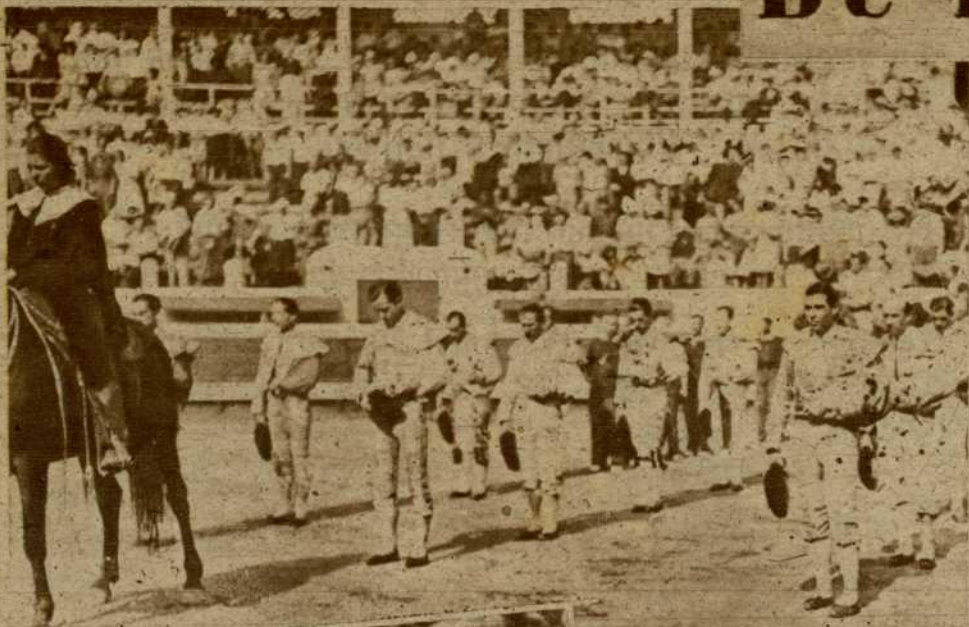
Un lance de Paquito Muñoz

(Fotos López)

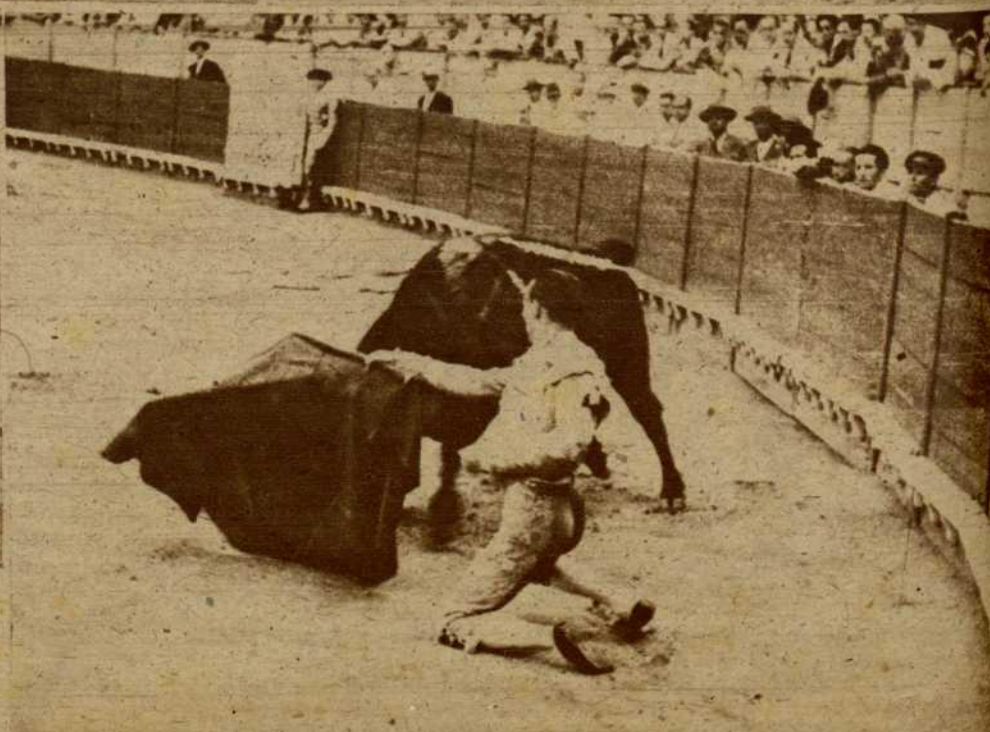
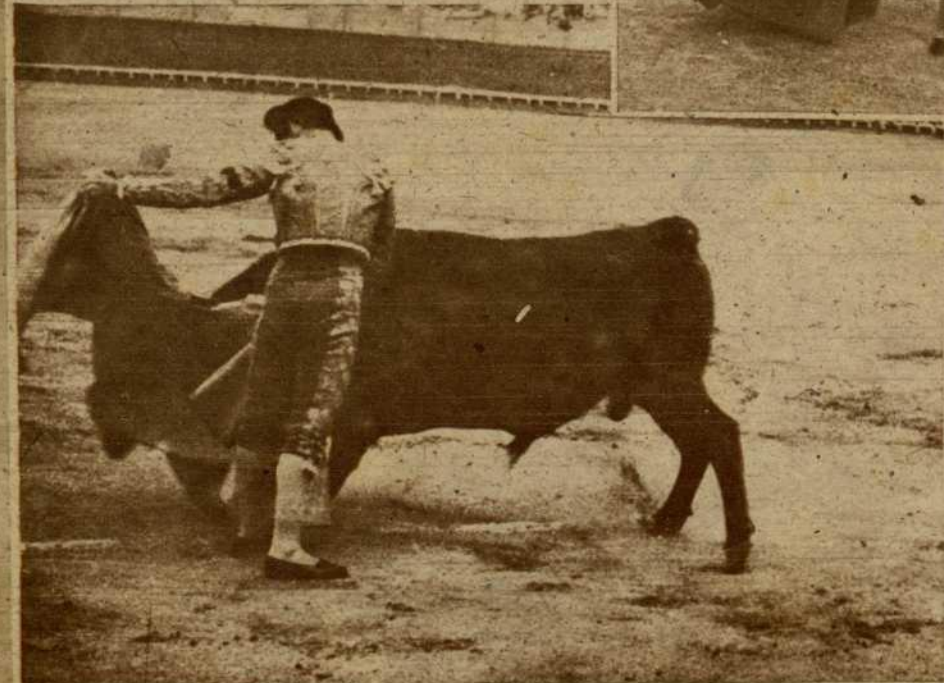


De la pasada ACTUAL

El día 31 de agosto torearon en la Plaza francesa de Dax Juanito Belmonte, Arruza y Rivera. Era la primera corrida que se celebraba en Francia después de la muerte de «Manolete», y las cuadrillas le rindieron el mismo homenaje que en las Plazas españolas: el paseo sin música y el minuto de silencio. En esa corrida Arruza obtuvo un clamoroso éxito, cortando cuatro orejas y dos rabos, y cuando iba a ser sacado en hombros se negó, rogando que se le dejase solo para llorar a solas la muerte de un gran amigo. Costeada por Arruza, el lunes día 8 se dijo en Bayona una misa en sufragio del alma del torero muerto en Linares



En la corrida celebrada en La Línea el 31 de agosto obtuvo un gran éxito Luis Miguel «Dominguín», que alternó con Antonio «Bienvenida» y Rafael Llorente en la lidia de seis toros de don Ramón Gallardo. Luis Miguel, que había cortado orejas, rabos y patas, pidió permiso para matar al sobrero y le cortó las dos orejas, el rabo y las cuatro patas. También alcanzó un gran triunfo Rafael Llorente. En las fotos se recogen dos momentos de Luis Miguel y un natural de Antonio «Bienvenida» y otro de Llorente (Fotos Garci-Sánchez)

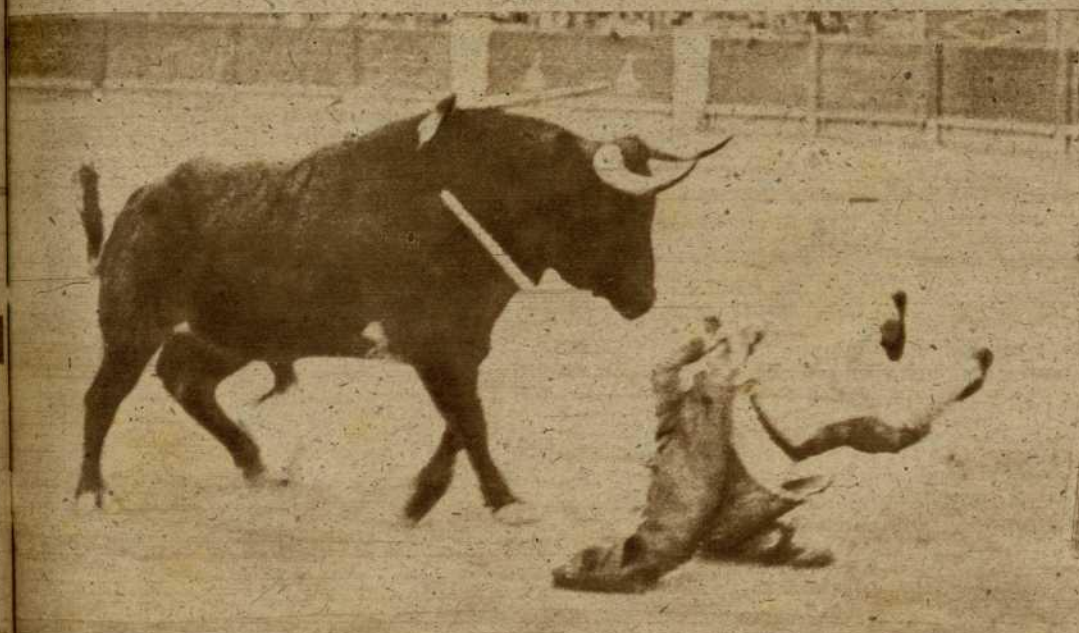


En el Puerto de Santa María, el día 31 de agosto, se celebró la corrida de Buena que habían de lidiar «Manolete», «Andaluz» y Paquito Muñoz. En lugar del diestro fallecido toreó Domingo Ortega. Los tres matadores lograron un gran éxito, «Andaluz» en una verónica y Domingo Ortega en un pase con las dos rodillas en tierra (Fotos Santos)

ALIDAD TAURINA

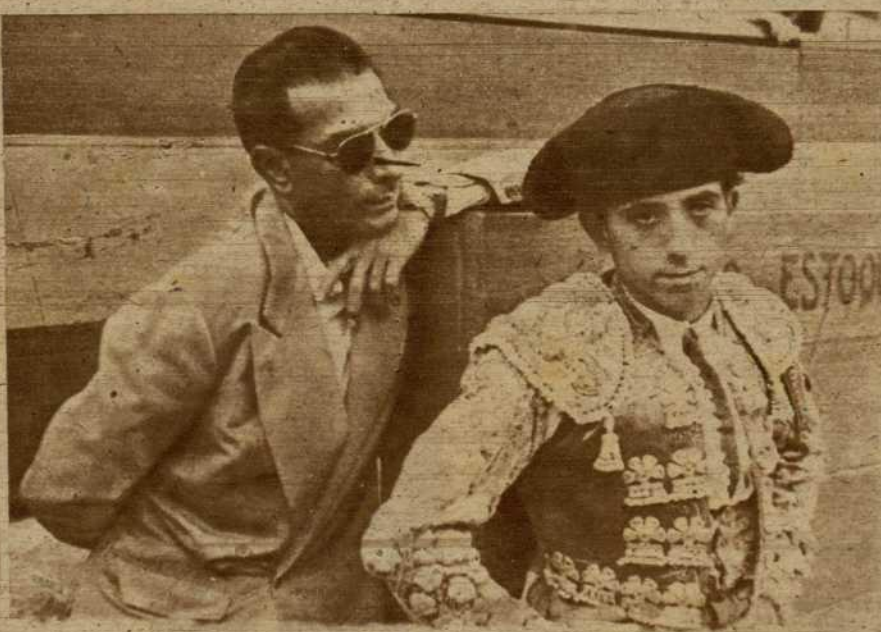


En Calahorra, ese mismo domingo 31, se corrieron toros de Montalvo para Julián Marín, Parrita y Rovira, de cuya actuación recogemos estas tres fotografías (Fotos Chafresto)



En Alicante, en una novillada con reses de Concha y Sierra para Paquito Esplá, «Gallito de Dos Hermanas» y «Maravillas», éste resultó cogido y sufre una herida de ocho centímetros en el muslo (Foto Sánchez)

En Talavera, el día 31, «Caganeho», padre e hijo, en un descanso de la lidia. (Foto Vidal)



Dedicado nuestro número anterior a rendir homenaje a la memoria de «Manolete», omitimos deliberadamente, como señal de luto, la información gráfica relativa a las corridas de toros celebradas en España después de la muerte del gran torero cordobés. Aunque dimos un resumen informativo en nuestras páginas «Por los ruedos de España y América», damos ahora, para su constancia en la colección de EL RUEDO, algunas notas relevantes de lo ocurrido en estos últimos quince días.

N. DE LA D.

En Toro, Pepe y Angel Luis «Bienvenidas» y Félix Rodríguez, y el duque de Pinohermoso, que cortó una oreja, torearon el día 28, en la misma fecha de la muerte de «Manolete» en Linares (Foto Parra)

El miércoles, día 3, se celebró la corrida de feria en Mérida. Toros de doña Juliana Calvo, Luis Miguel «Dominguín», vuelta al ruedo y ovación y salida al tercio. «Parrita», ovación y salida al tercio y palmas. Paco Muñoz, silencio y división de opiniones.

—En Villarrobledo. Novillada de feria. Reses de Enrique García. Antopio Caro, dos orejas y rabo y ovación. Salió en hombros. Félix de la Vega, silencio y palmas. «Niño de la Palma III», aplausos, oreja y salida en hombros.

—En Priego. Novillada de feria con reses de Pedraza. No se presentó «Cardenio», que estaba anunciado. Juan Luis de la Rosa y «Diamante Negro» fueron ovacionados.

—En Motilla de Palancar. Novillos de Pellón. Paco Honrubia cortó tres orejas y un rabo. Junquera cortó dos orejas. Los dos matadores salieron en hombros.

—En Jódar. Novillos de Federico de Castro. Tres de las reses fueron desechadas por su excesivo tamaño para una novillada sin picadores. Se devolvió al público la mitad del importe de las localidades. «Pastoret» estuvo breve. El novillero «Parrita» se negó, alegando que la res estaba toreada, a matar al novillo que le correspondía y fué detenido. «Esparterito», ovación.

—El jueves, día 4, hubo corridas de toros en Aranjuez y en Peñaranda de Bracamonte.

—En Aranjuez. Toros de Samuel hermanos. Pepe Luis Vázquez, palmas y pitos y ovación y salida al tercio. Luis Miguel «Dominguín», aplausos y silencio. Paco Muñoz, aplausos y ovación y salida al tercio.

—En Peñaranda de Bracamonte. Un toro de Pinohermoso y seis de Sánchez y Sánchez. El duque de Pinohermoso, ovación. Domingo Ortega, aplausos y dos orejas, rabo y pata. Pepe «Bienvenida», dos orejas y aplausos. Antonio «Bienvenida», dos orejas, rabo y pata y cumplió.

—El viernes, día 5, se celebró la novillada de feria en Guenca. Reses de Victor y Marín. Pepe Catalán, palmas y silencio. Rafael Vázquez, palmas y pitos. Pablo Lalanda, oreja y vuelta al ruedo.

—En El Alamo toró Manolo Sevilla. Cortó dos orejas y rabo y salió en hombros.

—El sábado, día 6, se inauguró oficialmente la Plaza de toros de Melilla. A la corrida asistió el Alto Comisario, general Varela. Toros de Santa Coloma. Domingo Ortega, dos orejas, rabo y pata y cumplió. «Gitaniño de Triana», ovación y regular. Luis Miguel «Dominguín», dos orejas y rabo y cogido por el séptimo, al que toró muy bien. «Parrita», ovación y ovación. Parte facultativo: «El diestro Luis Miguel «Dominguín» sufre un varetazo puntazo en la cara posterior del muslo izquierdo, en su tercio inferior, que le produce desgarro de la piel, interesando aponeurosis, músculos semimembranosos y semitendinosos, en una extensión de seis centímetros, y de cuatro de profundidad, hacia dentro y arriba. Pronóstico menos grave. También sufre otro varetazo leve en el mismo muslo. Doctor Canto». En avión llegó Luis Miguel el domingo a Madrid. Trasladado a un sanatorio, fué reconocido por el doctor Tamames, quien facilitó el siguiente parte facultativo: «El diestro Luis Miguel «Dominguín» presenta una herida en la cara posterior interna del muslo izquierdo, que interesa piel, tejido celular subcutáneo y aponeurosis, con dos trayectorias: una entre los músculos semitendinoso y bíceps, de una profundidad de ocho centímetros, llegando hasta las proximidades del nervio ciático mayor que, afortunadamente, no ha sido afectado. Tanto el músculo bíceps como el semitendinoso presentan intenso traumatismo con destrozo muscular. La otra trayectoria, de unos seis centímetros, en sentido ascendente, penetra por debajo de la aponeurosis, produciendo un amplio despegamiento de la misma. Pronóstico grave.

En la corrida de inauguración de la Plaza de Melilla fué herido de gravedad Luis Miguel «Dominguín»

También fueron heridos el matador de toros Julián Marín y los novilleros José Poveda, «Joselete» y Antonio Duarte

Dos cogidas graves en el encierro de Villarrubia de Santiago.—El picador «Hiena II», gravísimo



El valiente matador de toros Félix Colomo, que va a reaparecer en la Plaza de Vista Alegre

Doctor Manuel Tamames. Se cree que Luis Miguel tardará en curar unos veinte días.

—El domingo, día 7, hubo corridas de toros en Murcia, Melilla, Llerida, Barbastro, Villena, Ayamonte y Palma de Mallorca, y se celebraron buen número de novilladas.

—En Murcia. Primera de feria. Toros de Alipio Pérez Taberner. Antonio «Bienvenida», ovación y palmas. «Niño del Barrio», dos orejas y rabo y dos orejas, rabo y vuelta en hombros. «Parrita», palmas y ovación. Manuel Escudero, dos orejas y rabo y vuelta al ruedo.

—En Llerida. Toros de Garro y Díaz Guerra. Julián Marín, dos orejas y rabo y dos orejas. Mario Cabré, oreja y vuelta al ruedo. Angel Luis «Bienvenida», pitos y pitos.

—En Barbastro. Toros de Hidalgo. Pepe Luis Vázquez, ovación y ovación. «Valencia III», regular y breve. «El Chonis», oreja y ovación.

—En San Fernando. Novillos de Escobar. Rafael Ortega, palmas y oreja. «Niño de la Palma III», palmas y vuelta al ruedo. «Diamante Negro», oreja y vuelta.

—En Villarejo de Salvanes. Novillos de Zaballón. Juan Tarré, único matador, oreja, oreja y dos orejas, rabo, pata y salida en hombros.

—En Cabra. Novillos de Angel Liger. «Gitaniño de Triana Chico», oreja y ovación. Juan «Bienvenida», oreja y aplausos. «Joselete», muy valiente. Fué cogido por el sexto, que le produjo un varetazo leve en el muslo derecho. «Gitaniño de Triana Chico» cogió estoque y muleta, pero no pudo con el novillo y oyó los tres avisos.

—En Villarrubia de Santiago, durante el encierro de la novillada, resultaron gravemente he-

ridos los vecinos Alberto Zamorano y Francisco Guerra. Emilio Palomino, oreja. «Matavillas», regular.

—En Melilla. Segunda de feria. Toros de Domingo Ortega. Excepto el tercero, fueron magníficos. El mayoral dió dos vueltas al ruedo. Domingo Ortega, dos orejas y dos orejas y rabo. «Rovira», dos orejas y dos orejas. Paco Muñoz, vuelta al ruedo y dos orejas, rabo y salida en hombros.

—En Villena. Toros de Abdón Alonso. «Andaluz», dos orejas y rabo y dos orejas. Luis Mata, valiente y valiente. Manuel Navarro, dos orejas y aplausos.

—En Ayamonte. Toros de Marcelino Rodríguez. «Morenito de Talavera», ovación y dos orejas. Miguel del Pino, ovación y dos orejas y rabo. «Vito», ovación y ovación.

—En Palma de Mallorca. Toros de Trespalacios. Pepe «Dominguín», breve y valiente. Rafael Llorente, breve y voluntarioso. «Helmonteño», valiente y breve.

—En Zaragoza. Novillos de Villa. Antonio Susón, palmas y vuelta al ruedo. «Curro Relámpago», dos orejas y ovación. Vicent Eseribano, vuelta al ruedo y cumplió.

—En Granada. Dos novillos de Esteban González y cuatro erales de Vázquez. Manuel Rodríguez, «Tito», que mató los dos novillos, vuelta al ruedo y vuelta al ruedo. «Armillita», ovación y vuelta al ruedo. Enrique Vélez, ovacionado y ovacionado.

—En Ceuta. Novillos de Concha y Sierra. «Fuentes», ovación y regular. Manuel González, vuelta al ruedo y oreja. Ramón Cervera, aplausos y aplausos.

—En Tarifa. Novillos de Concha y Sierra. «Cardenio», que mató tres por cogida de Duarte, ovación, ovación y ovación. Paco Brú, aplausos y dos orejas y rabo. Antonio Duarte, oreja y cogido al entrar a matar.

—En Puertollano. Novillos de Casado. Luis Redondo, vuelta al ruedo y vuelta al ruedo. «Bonis», oreja y ovación.

—En Alcázar (Albacete). Novillos de Samuel hermanos. Paco Peris, dos orejas y rabo y oreja. Antonio Torrecillas, ovación y dos orejas, rabo y salida en hombros.

—En Balmes. Novillos de Natera. «Pepote», ovación y dos orejas y rabo. Mohedano, cumplió.

—En Torrelaguna fué cogido el novillero José Poveda, que fué trasladado a Madrid. Ingresó en el Sanatorio de Toreros.

—El lunes, día 8, en Benavente. Corrida de feria. Toros de Arturo Sánchez y Sánchez. Rafael «Albacín», oreja, aplausos y oreja. Julián Marín, dos orejas, rabo y pata; las orejas, rabo y pata y dos orejas y rabo. Fué cogido por el sexto y aunque sangraba por la mano derecha, no se retiró a la enfermería.

—En Murcia. Segunda de feria. Un novillo de Pinohermoso y seis toros de Galache. El duque de Pinohermoso, oreja. «Niño del Barrio», palmas y oreja. «Parrita», dos orejas y dos orejas, rabo y pata. Paco Muñoz, ovación y aplausos.

—En Utrera. Toros de doña Luisa Domínguez. Domingo Ortega, bien y cumplió. «Andaluz», palmas y palmas. Antonio «Bienvenida» fué amonestado por el presidente por la brevedad de la faena que hizo al tercero; en el sexto, cumplió.

—En Ayamonte, también el día 8. Novillos de Carlos Arruza. Manuel González, dos orejas y rabo y dos orejas y salida en hombros. «Cardenio», bien y bien. Chaves Flores, bien y oreja.

—En Andújar. Toros de Samuel Hermanos. «Andaluz», oreja y palmas. «Parrita», palmas y dos orejas y rabo.

—Rovira, ovación y dos orejas, rabo y pata.

—En Calatayud. Toros de Amador Santos. Antonio «Bienvenida», pitos y bronca. Luis Mata, dos orejas y silencio. Paco Muñoz, ovación y palmas. Durante la lidia del primer toro ingresó en la enfermería, a consecuencia de una caída del caballo que montaba, el picador José Martín, «Hiena II», de pronóstico gravísimo.

—En Lucena. Novillos de Pedraza. Pablo Lalanda, regular y breve. José María Martorell, ovación y ovación. Rafael «Lagartijo», aplausos.—B. B.

Muy antiguo y muy moderno...
Un coñac de ayer para el gusto de hoy.

VALDESPINO
JEREZ

CONAC
1850

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



EN el número 155 de la gran revista taurina mejicana «La Fiesta», que en España representa nuestro admirado colega «Don Justo», se trata de un tema que estimo digno de la mayor atención: la reforma del Reglamento taurino. Ocioso es decir que los mejicanos no tienen mayores motivaciones para abordar la reforma que nosotros mismos. Los años transcurridos desde que se promulgó el vigente Reglamento, acaso no fueran bastantes para considerarlo anticuado;

pero una serie de hechos introducidos en la Fiesta, y otra serie de circunstancias, de todos conocidas y de sobra comentadas, con relación al ganado, bastarían para aconsejar una reforma. Los mejicanos, ante la anunciada reforma de su Reglamento, exponen sus puntos de vista en las publicaciones taurinas, que habrán de servir, sin duda, de sugerencias interesantes y aprovechables a quienes tengan que articularlo.

En el aludido número de «La Fiesta» se dice:

«Sobre el peso de los toros ha de fijarse un mínimo razonable, en pie y no en canal, para evitar que se lidien reses que no llenen los requisitos señalados, y en corridas de toros, ser inflexibles por lo que respecta a la edad de cuatro años o más en los bureles lidiados. Los avisos, creemos que deben ser tres, tocándose el primero de ellos a los cuatro minutos, a contar de que el espada señale el primer pinchazo; el segundo, con dos minutos de intervalo, y el tercero, un minuto después, y queda a discreción del Juez de Plaza cuando el diestro rehuya estoquear al astado. Es urgente fijar las sanciones en que incurran los toreros, con el mínimo y el máximo del castigo que ha de aplicárseles por las faltas que cometan; pero también debe procederse con toda energía contra los espectadores que de palabra y de hecho atacan cobardemente a los diestros que están en el ruedo. En beneficio del público, ha de restringirse la venta de boletos al número de asientos numerados que haya en la Plaza, a fin de que los pasillos y escaleras no sean ocupados, y también prohibirse que durante la corrida circulen por el tendido los vendedores ambulantes, que impiden ver el espectáculo.»

Del peso de los toros en vivo —o en pie— se ha escrito demasiado en esta sección y en otras de EL RUEDO, por más autorizadas plumas, para que tenga que volver sobre el tema. Pesados los toros antes de lidiarse, se ahorrarían, entre otras cosas, el infamante capítulo de ganaderos multados y no pocos escándalos en Plaza.

Los avisos es cuestión que debe estudiarse con detenimiento, recabando opiniones y juicios de los diestros. Administrados con nuestro Reglamento, que marca para el primero el instante en que se cumplen los diez minutos desde el comienzo de la faena, se puede incurrir en grave daño, como ocurrió un día, hace unos años, en la Plaza de Madrid, con Manolo Martín Vázquez, que sufrió una cornada, en parte imputable al nervosismo que le produjo escuchar el aviso, precisamente cuando el público empezaba a entusiasmarse con su trabajo, empeñado, hasta el crítico momento, en sujetar al toro contra el viento —lo hacia tremenda— en lugar donde pudiera lidiarlo con lucimiento. Tal vez fuera más justo contar el tiempo desde el primer pinchazo, dejando al arbitrio de la Presidencia cuando el diestro prolongase la faena excesivamente, sin el asentimiento del público.

Los puntos relativos al comportamiento de diestros y público y a la circulación de vendedores por los tendidos, apenas rozados en nuestro Reglamento, son dignos de mayor atención, y en otro jueves les dedicaré el espacio que a mi juicio merecen.



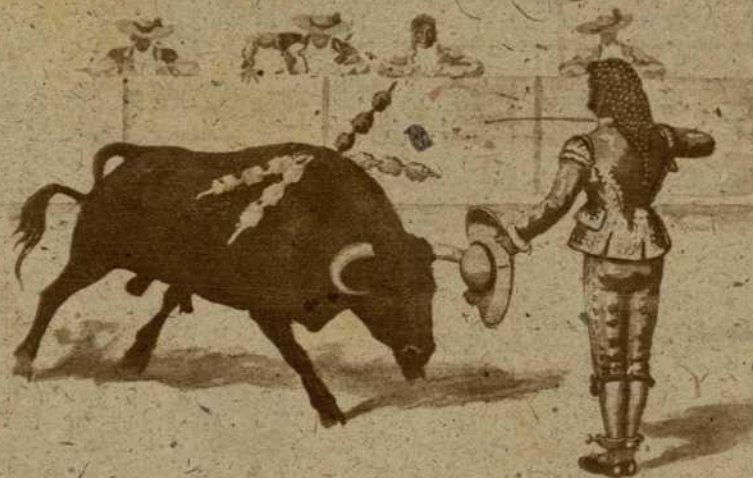
UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

NUESTRA CONTRAPORTADA

Las suertes del toreo en desuso

«Martincho», o la suerte de recibir con los pies atados



EN la primera época del toreo, ya en cierto modo sometido a cánones, no faltaron diestros que rompieran las reglas y tradiciones de algunos de los tercios de la lidia, con objeto de demostrar el alcance de sus facultades o llevar a cabo las creaciones personalísimas de su ingenio. Entre ellos, destaca la recia figura de Martín Barcaiztegui, «Martincho», que llevó a los ruedos una serie de modalidades en las suertes que nadie ha podido imitar después, y que ponen de relieve el alcance de sus admirables facultades y valor extraordinario.

La suerte de recibir fué modificada en su forma por este diestro, que la realizaba sujetos los pies por pesados grillos, unas veces a pie firme y otras sentado en una silla, sin más engaño que el sombrero castoreño que en aquella época usaban los lidiadores sobre la redecilla.

El sombrero a guisa de muleta fué utilizado también, aunque en contadas ocasiones, por los diestros Pedro Romero, «Pepe-Hillo» y José Cándido; pero sólo «Martincho» recibió con él a las reses bravas teniendo los pies sujetos con grillos, que le imposibilitaban todo movimiento defensivo de las piernas.

«Martincho» alcanzó la época de su mayor esplendor por los años 1780-1790, retirándose de los ruedos en 1795.

J. COMAS ACOSTA

Nuestro número de homenaje a la memoria de «Manolete»

LA muerte de «Manolete» en las circunstancias dramáticas ya conocidas ha determinado que hayan llegado hasta la Dirección de EL RUEDO innumerables originales —en su mayoría, trabajos poéticos— de colaboradores espontáneos, a los que, lamentándolo ciertamente, no hemos podido dar cabida en estas columnas.

Agradecemos a tantos comunicantes la atención de dirigirse a EL RUEDO, al que todos dedican elogios cariñosos, y les pedimos disculpa al no haberlos podido complacer. Lo abundante de la información que publicamos en nuestro número anterior explicará fácilmente la falta de espacio en que hubimos de desenvolvemos para atender a tan amables requefimientos.

Es práctica periodística notoria no devolver los originales que no hayan sido solicitados; pero en esta oportunidad queremos hacer una excepción, en gracia a la razón sentimental que ha motivado esta correspondencia extraordinaria, y así, devolveremos todos aquellos originales recibidos y que sus autores lo requieran de la Dirección de EL RUEDO, Fernán González, 28.

De la misma manera queremos hacer pública nuestra gratitud a cuantos se han dirigido a nosotros felicitándonos por el número que hemos dedicado a la memoria de «Manolete».

Una copiosísima tirada, desacostumbrada en estos tiempos, ha sido materialmente arrebatada de manos de los vendedores. Aun con todo, y dadas las actuales restricciones en el consumo del papel, no ha sido posible servir ni siquiera todos los pedidos hechos en firme.

Nos satisface únicamente haber acertado a servir la emoción nacional que la muerte del genial torero ha producido y responder al crédito que merece entre los aficionados EL RUEDO.

N. DE LA D.

"ORTEGUITA", o las ventajas de ser corto de talla

Un espectador le increpó por llevar el mismo apellido que el diestro de Borox



tres años. Unas veces no cobraba nada; otras, tenía que abonar los gastos, y cuando más, conseguía regresar a casa con doce o quince duros.

Huérfano de padre desde los trece años, hube de hacer de cabeza de una familia compuesta por madre y nueve hijos. De aquí que mis actuaciones taurinas fueran únicamente posibles los domingos y días festivos. Durante cerca de quince años trabajé en una ferretería de la calle de Hortaleza, donde entré para barrer la tienda y acabé

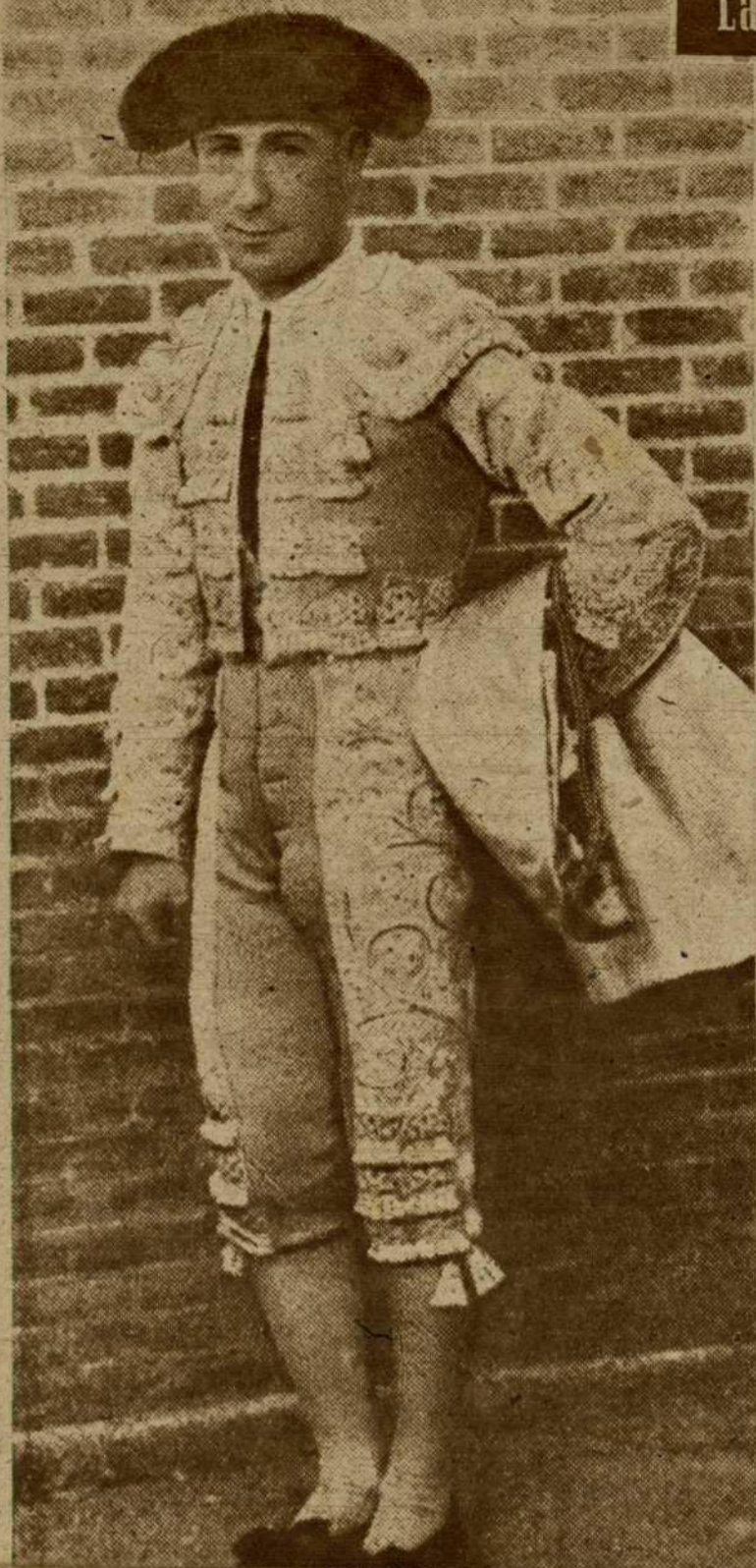
de encargado. Un día, Baldomeo, el popular fotógrafo, tan buen mozo como yo, me insistió para que abandonara el toreo cómico y me uniera a la cuadrilla de su hijo Pepito Fernández, por entonces uno de los muchachos en los que más esperanzas cifraban los aficionados. Después de no pocas dudas y vacilaciones acepté.

Nunca olvidaré mi primer traje de luces. Era un vestido viejo y apolillado, y confeccionado, según todas las trazas, por un sastre de ínfima categoría.

Durante cuatro años salí a banderillar en numerosas Plazas, bien con Pepito Fernández o con "Maravilla", "Chiquito de la Audiencia" y Antónete Iglesias, que eran los becerristas que más bullían entonces.

MI ascenso de categoría lo realicé cuando Alfredo Corrochano, en 1929, me incorporó su plantilla, en la que sólo cesé al retirarse el matador.

Por entonces me ocurrió un hecho gracioso. Había ido a Brihuega accediendo a los reiterados deseos de un muchacho que empezaba. Un señor de aspecto muy distinguido, sin duda forastero de categoría, al oír vocear mi nombre a mis compañeros, se alzó airado para chillarme: "¡No le da vergüenza llamarse igual que otro a quien usted no sirve ni para descalzarlo!... ¡Usted es un indecente impostor!..."



QUE edad podría yo tener por entonces?

Diez, doce años? A punto fijo no lo sé. Lo que sí recuerdo es que por aquella época la calle de la Escalinata, típico rincón del viejo Madrid, carecía de salida de coches, coyuntura que aprovechábamos los chicos del barrio para convertirla en coso taurino.

El momento que elegíamos era el de la parada militar en la contigua Plaza de Oriente. Al regreso, la gente se detenía a contemplar nuestras improvisadas corridas, celebraba nuestras proezas y hasta dejaba unos céntimos a la hora de pasar el guante. El importe de la recaudación era equitativamente distribuido entre los que hacían de toreros, toros y caballos, porque nuestras corridas siempre fueron "picadas".

Las únicas que no cobraban eran las chicas que hacían de presidentas.

Conseguí pronto atraer la atención del público, no sé si por ser el que mejor lo hiciera o por destacar entre todos por mi corta estatura. A esto, a ser corto de talla, debo, entre otras cosas, el haberme evitado el aprendizaje por donde tantos compañeros empezaron. Si no fui carne de capeas se debió a que por mi estatura resultaba el "Botones" ideal de cuantas agrupaciones de toreo bufo se organizaban. Con "Borlado" y el "Charlot" malagueño actué cincuenta y cuatro corridas en menos de

Y así me estuvo insultando un buen rato. Yo, que me había dado cuenta de su coladura, oía y callaba. Llegó la hora de las banderillas; me fui al toro, cuadré, levanté los brazos y conseguí clavar el mejor par de mi vida. Al ir a recoger el capote, miré al lugar ocupado por aquel señor que chillaba tanto. El sitio estaba vacío. Al llegar a la fonda, me estaba esperando. Con gesto compungido me ofreció sus excusas, que yo acepté. Y nos hicimos muy amigos: En los años 39, 40 y 41 estuve con Miguel del Pino; del 42 al 44, con Antonio Bienvenida; el 45, anduve con Silverio; el año pasado fui con Julián Marín, y finalmente, el actual, voy con el nuevo matador Manolo Navarro.

Puedo presumir de ser uno de los toreros más afortunados, por cuanto que no he recibido de los toros ninguna "carieja" sería.

Pero lo que no hicieron los toros me lo han hecho los accidentes de transporte. Tres veces vi la muerte de cerca y las tres escapé por puro milagro. En una de ellas, en el choque del coche de la cuadrilla de Corrochano, quedó inútil para siempre el picador "Chimo".

En la categoría de subalternos, con sólo los ingresos que el toreo reporta, es tarea realmente imposible hacer frente a la vida.

Me explicaré con un hecho reciente. Por condescendencia de mi matador fijo, yo puedo trabajar cuando aquél tiene fecha libre. Esto explica que recientemente saliera a trabajar en una novillada celebrada en las Ventas.

Después de cumplir mi cometido, como mejor pude, y clavar dos pares con mi compañero "Faroles", me retiré a casa con cincuenta duros por toda retribución.

En los años mozos uno sueña con alcanzar un risueño porvenir. Y a lo largo de los años se viene a parar en que toda la plata del rehiletero empieza y acaba en la que lleva bordada en su traje de faena...



Banderilleros actuales: Emilio Ortega, Orteguita



J. Comas Acosta

Martincho